

ARTURO SCHOPENHAUER.

Entre las Escuelas y direcciones que señalamos en nuestro primer artículo (1), hay una, que, sin ser la más científica, es, sin embargo, la que tiene un interés más palpitante, y que por mil títulos especiales constituye hasta cierto punto la *novedad* filosófica. Hablamos de la escuela que, fundada por Schopenhauer, defendida y reformada con profundidad por Hartmann, y continuada con ingeniosidad por Venetianer, y con gran erudición y habilidad por Volkelt, adquiere un desarrollo y fecundidad tal, que es difícil abarcar en límites reducidos la rica y variada literatura que á la Filosofía aportan.

Aparte de la unidad, más ó menos lógica, que haya entre Schopenhauer y sus sucesores, es preciso no olvidar que por más que el fundamento en todos ellos común, el Pesimismo, permita reunirlos en un mismo pensamiento capital, hay diferencias esenciales entre uno y otro. El elemento general de toda la escuela pesimista es el concepto del bien físico y moral, y con él el de toda la Ética.

Schopenhauer con su obra trae ciertamente nuevas luces y nuevo material al campo del pensamiento; su moral es *budhista*, pero el punto de partida y causa incidental de toda ella son evidentemente kantianos. En el punto de partida principalmente reside la filiación kantiana del principio, que después Schopenhauer amplifica y exagera. Este principio es el mismo que nos acusa la paternidad schopenhaueriana en las obras de Hartmann, Venetianer (2) y Volkelt (3). Este principio refiere unos á otros sólo en ciertos respectos, de suerte que son discípulos parciales y fieles proseguidores de la doctrina de aquel pensador (4). Schopenhauer es á su vez un discípulo de Kant, y discípulo lógico y severo; pero también un discípulo parcial; él no desarrolla todos los pensamien-

(1) Kant y los filósofos contemporáneos.—Núm. 56, pág. 88, t. IV de la REVISTA EUROPEA.

(2) M. Venetianer. *Der Allgeist Grundzüge des Panpsychismus in Anschluss an die Philosophie des Unbewussten*.—Berlín, 1874.

(3) Johannes Volkelt. *Das Unbewusste und der Pessimismus*.—Berlín, 1875.

(4) No hacemos aquí alusión más que á las tres principales novísimas escuelas que comulgan con la propiamente schopenhaueriana, particular, y algunos hasta exclusivamente en el pesimismo. De todas ellas, por ley natural, la leal y fiel es la más numerosa, y vemos así pensadores importantes que hoy no hacen más que proseguir la obra de Schopenhauer, del cual son verdaderos apóstoles. Entre otros, citaremos á Julio Frauenstädt, David Ascher, Bahnsen, Zambel y otros.

tos de aquél, toma sólo uno y en él se mantiene. La antigua Escuela, la primogénita, la privilegiada, es también hija y discípula de Kant, pero como la de Schopenhauer, hija á medias, y ambas, más bien que productos y resultado de toda la sávia kantiana, son ingertos trasplantados, meras evoluciones de órganos individuales. Todos ellos se detuvieron en temas particulares, que trabajaron y completaron con producciones personales, pero ninguno miró cara á cara al padre de todos ellos. Hegel miraba á Schelling; Schelling á Fichte, y Fichte no miró nunca más que á la *Critica de la Razon pura*; toda esa Escuela no supo ni pudo estimar la trilogía que Kant presentó con el nombre de *Critica de la Razon pura*, *Critica de la Razon práctica* y *Critica del Juicio*, cuyo gigantesco pensamiento no pudieron componer en la sapientísima unidad de Conocer, Sentir y Querer, clara y perfectamente determinada por el gran pensador. Preocupados con la *Critica de la Razon pura*, ocúpense sólo en el problema del conocimiento *à priori*, y malgastan todo su talento en indagar y encontrar los flacos y escapes de aquella célebre obra, para proseguir un trabajo individual y reducir toda la Realidad á la resolución de estos problemas. Las obras posteriores de Kant, decían ellos, son secundarias y contradictorias á la fundamental, y alguna, como la *Critica de la Razon práctica*, por ejemplo, no fué más que un consuelo que quiso dar á su pobre criado, el buen Lampe, que se quedaba sin Dios.

Schopenhauer es kantiano, pero kantiano de la *Razon práctica*. Los principios del conocimiento científico, el problema de la objetividad del conocimiento, los resuelve dogmáticamente, mejor aún, salta por encima de ellos, para llegar á la Razon práctica, y una vez aquí, dejando de un lado unos postulados, y de otro, otros principios, aprende primero la robustez y poder de la Voluntad, empieza á notar su influencia en el mundo subjetivo y se identifica de tal modo con el pensamiento de Kant, de que sólo la Voluntad es la que, por medio de la ley moral, se une inmediatamente con la esencia de la naturaleza humana, que ya no hubo para él otro órgano de la *cosa en sí* que la Voluntad, que más tarde supo generalizar á toda la realidad. Siguiendo ese camino va, por último, á caer ciego y esclavo en aquella afirmación de Kant, «el placer es la desaparición del dolor,» de la cual no pudo ya desprenderse (1).

(1) Schopenhauer dice que debe buscarse el origen kantiano de su

Algunos críticos contemporáneos pretenden referir el pensamiento de Schopenhauer á la *Critica de la Razon pura*, cometiendo en esto un gravísimo error; porque si es verdad que el subjetivismo de Schopenhauer parece arrancar de aquella obra, cuando considera al mundo sólo como representacion, *als Vorstellung*, es preciso no olvidar que este aspecto de su sistema es sólo preparatorio, y sirve como de base para sus ulteriores afirmaciones, que realmente son las capitales.

Mas como es de suma importancia esta cuestion, permítasenos recordar los términos en que Kant dejó planteado el valor del conocimiento y la relacion que nosotros guardamos con la *cosa en sí*, para de este modo convencernos plenamente del verdadero punto de partida que Schopenhauer toma. En el mundo del conocimiento, decía Kant, no hay más que fenómenos; éstos son un producto de la combinacion de las sensaciones que experimentamos y de los conceptos que las modifican. Más allá de esto es imposible avanzar, porque los conceptos carecen de valor objetivo, no son más que modificadores; pero incapaces de crearse objetos que correspondan á su naturaleza; ahora bien, estos objetos no se encuentran tampoco en la Experiencia, luégo son conceptos sin valor objetivo. Por lo tanto, conocemos las cosas, no como ellas en sí son, sino como fenómenos. Esto por lo que toca al mundo del conocimiento. Mas cuando se trata, no de conocer, sino de obrar, no es entonces un conocimiento el que nos guía, sino la *ley moral*, que con la voluntad manifiesta la naturaleza esencial del hombre; es decir, tal como él es en sí. Así que las Ideas trascendentales que están imposibilitadas de encontrar un objeto concreto en el mundo de la experiencia, porque ésta es de distinta naturaleza que ellas, lo encuentran, sin embargo, cuando esas Ideas no son de la Razon pura sino de la práctica, por la razon que ese objeto procede entonces de la naturaleza esencial humana. La voluntad, por la ley moral, comunica con la naturaleza íntima de los hombres, mientras que el conocimiento sólo dice cómo esta naturaleza nos aparece.

De aquí parte la Filosofía de Schopenhauer, que considera al mundo bajo dos aspectos: como *representacion*, donde no hay más que fenómenos y leyes generales; y como *voluntad*, donde se alcanza ya la naturaleza esencial de su realidad. Dejemos ya sentado de una vez para siempre lo que significa el término Voluntad en Schopenhauer, que generalmente es tan mal interpretado, y señalado tambien su verdadero punto de partida, continuemos en nuestro particular asunto.

La comparacion de estas dos Escuelas revela el carácter que las ha de distinguir; es decir, la marcha

progresiva y dialéctica de la una, y el estacionalismo é inmovilidad de la otra. La una, la idealista, se detiene en la elaboracion del Conocimiento, y, partiendo de él, forma en su íntima composicion todo el resumen de su evolucion, ya se detenga en el Sujeto, el cual produzca la realidad (Fichte), ya lo identifique con el Objeto (Schellin), ya en la relacion de los dos términos (Hegel), y ya, por último, en la sustantividad de Sujeto, Objeto y Relacion (Krause). En medio de ser toda esta Escuela el producto de varios filósofos, no es realmente más que un verdadero sistema; en medio de tener cada uno de ellos originalidad y espontaneidad, no son todos más que los elaboradores de una obra comun, en la cual el último toma siempre lo que el anterior le presenta, y siguen así formando una progresion racional del pensamiento. La Escuela pesimista, por el contrario, tiene en sus teorías del Conocimiento, no sólo independencia entre sus filósofos, sino hasta grandes contradicciones. Para uno, por ejemplo, es el Pensamiento un resultado orgánico del cerebro (Schopenhauer); para otro, una propiedad esencial, lo mismo que la Voluntad, de un Principio Inconsciente (Hartmann); y para otro, es el único y verdadero fundamento de la Realidad (Volket). En este aspecto guarda cada uno su autonomía y originalidad, fundan diversas bases y principios, que al fin y al cabo les sirven para racionalizar más y mejor el Pesimismo, en el cual todos concluyen.

Hay, pues, dos problemas distintos en estas dos Escuelas. La primera, fija en la explicacion de la Ley del Conocimiento, salta por todos los hechos, con tal que obtenga *à priori* la certidumbre y evidencia científicas que busca. La segunda, por el contrario, fija en un solo hecho, el dolor, salta por encima de todas leyes con tal que éstas le procuren una explicacion racional de aquel hecho. Por esta razon forma la primera una progresion dialéctica, mientras que la segunda sólo es el estacionalismo en un hecho, cuya razon se indaga. En términos generales, podrían caracterizarse estas dos Escuelas diciendo: predomina en la una el culto de un Conocimiento, el de *à priori*, y en la otra el culto de un Sentimiento, el del dolor.

Ya hemos dicho en qué lugar toma Schopenhauer su punto de partida; veamos ahora todo el desarrollo que con él obtiene. Penetrado Schopenhauer de la idea de que el placer es la ausencia del dolor, concluye diciendo: «No hay placer alguno en la vida, sino alivios momentáneos del dolor.» Este es el que verdaderamente existe, el que realmente predomina en nuestra vida, la cual no es más que un perenne sufrir. El presente, lo que palpamos y probamos, no es más que un dolor constante, un incesante sufrimiento. Doquier no vemos que miseria, y si entramos algo en el espíritu de la realidad, notamos cómo el egoismo es el misterioso agente de toda esa máquina; si á veces, épocas pasadas de nuestra vida nos parecen hala-

filosofía, «particularmente en la Teoría del carácter empírico é inteligible.» *Parerga und Paralipomena*, 1 Bd. 3 Auflage.

güñas, es porque son como el mosaico, bello desde lejos; y aun ese futuro que se nos anuncia como consolador, y que en ciertos momentos sonríe á nuestras ilusiones, no es más que una indicación que se nos presenta, una oportunidad y enseñanza que se nos muestran para concluir con esta odiosa vida. Concluir con ella no quiere decir suicidarnos, sino ahogar todos los deseos y apetitos de nuestra Voluntad, no dar curso á ninguno de nuestros sentimientos egoístas y, destruyendo así toda la vida miserable, á la cual esa especie de voluntad vital nos conduce, transformarnos en bienhechores de la Humanidad. Este ideal no es accesible sino para muy pocos, y su objeto final es la preparación futura de una vida ulterior en un mundo en el cual ya no haya acciones, un mundo del *esse*, pero no del *operari*; en una palabra, *Nirvana*.

De tales afirmaciones proceden las simpatías que Schopenhauer tiene al budhismo. Ninguna Moral para él, en efecto, tan adecuada á su filosofía como la de Sakyamuni; él es un discípulo fiel de éste, es, como dice Th. Ribot: «un budhiste egaré dans l'Occident (1).» Aspira á una vida futura semejante á la que el budhista desea: quiere y espera entrar en *Nirvana*, mientras que detesta *Sansara*, ideal de la inmortalidad del Egoísmo y con él del Dolor. Esa inmortalidad que conciben la mayor parte de los psicólogos, es el mayor de los sufrimientos, porque es la perpetuidad de la vida.

Tal es, en resumen, el principio fundamental de todo el Pesimismo contemporáneo que, claramente expuesto en las obras de Schopenhauer, es el fin común al cual todos sus sucesores y discípulos se encaminan. Este tétrico y doloroso resultado está tan sistemáticamente trabajado, deducido con una dielética tan poderosa, y presentado con tal riqueza de conocimientos, que más de una vez corre el lector el peligro de dejarse dominar por la belleza del estilo y fuerza atractiva del filósofo. Ciertamente que muchos escapan de esos encantamientos de estilo y erudiciones, pero otros, despreocupados y libres de concepciones ya formuladas, reconocerán que en aquella amargura de la vida, tan magistralmente expresada, y que en esa sistematización del dolor, hay un fondo cierto y verdadero. Su estudio, si no un adepto, ganará al menos la convicción de que en la vida no es el dolor un simple *accidente* que momentáneamente contradice á la ley general, el Bien, sino que, como éste, tiene una existencia sustantiva y positiva, si bien tampoco puede concederse que el Mal es la Ley general. Es preciso, para no caer en dualismos objetivos, llámese Dios y Diablo, Vichnu y Siva, Ormuzd y Ahriman, reconocer una ley eminentemente *natural*, que constituye una forma primordial y general entre

todos los individuos, la cual, al ser apropiada particularmente por un individuo, encuentra la que en éste es inmanente, y que de la relación de ambas, resulta lo que llamamos *bien* ó *mal*. Necesitamos, pues, referir estos dos conceptos al mundo subjetivo único, en el cual tienen verdadera realidad. No hay otra solución posible en nuestro concepto; en caso contrario hay que admitir el *Dualismo*, un contrasentido, ó el *Optimismo*, que nadie puede sostener seriamente, ó si no el *Pesimismo*, á la vez tan exclusivo y tan falso como el anterior (1).

Hay también que reconocer que el Pesimismo debía ocupar el lugar que hoy por fin ha conquistado. La historia de la Filosofía moderna necesitaba llenar este hueco, pues en ausencia era un flaco del pensamiento contemporáneo; por esto debe afirmarse que el sitio que hoy en ella ocupa, le pertenece por propio derecho y razón, y no considerarle como una reacción, ni como una consecuencia necesaria del optimismo absoluto que hasta hoy ha imperado. No es tampoco el Pesimismo el llanto de un cerebro enfermo y misantropico, sino la expresión de toda una faz del espíritu humano.

El Pesimismo ha tenido y tiene en nuestros tiempos elocuentísimos órganos: pero éstos órganos, que aparecen sincrónicamente en todos los países cultos, no se expresan en el lenguaje sistemático y reflexivo del *Científico*, sino en el libre y espontáneo del poeta Byron en Inglaterra, Leopardi en Italia, Lenau en Alemania, Campoamor en España, Musset, y últimamente Ackerman en Francia, son las lágrimas con las cuales se desahoga el dolor humano. Estos poetas no se expresan serena y tranquilamente como en los cantos que la pura contemplación de la Belleza les inspira, sino loca y tumultuosamente, y como un desbordamiento tormentoso del sufrimiento, todo lo invaden y atropellan. El sentimiento, en este caso, como siempre, se adelanta al conocimiento, la espontaneidad á la reflexión, y preparan así nuestra actual generación para recibir y apreciar la obra del filósofo. El silencio sepulcral que por tantos años ocultó el talento y el genio de Schopenhauer, no debe explicarse por el egoísmo personal de sus contemporáneos, sino porque éstos se encontraban realmente imposibilitados de poderle comprender.

El aislamiento que la necesidad impuso á Schopenhauer (lo cual atribuía él injustamente á la envidia de hegelianos y schellingianos), la excesiva estima que de sí propio tenía, su carácter por naturaleza sombrío y taciturno, su posición libre é independiente, su variada y rica cultura, y, por último, los plácemes de algunos hombres notables, particularmente los de

(1) Prueba de la gravedad de este problema nos la da un elevadísimo pensador, John Stuart Mill, que no encontrando una solución satisfactoria entre esas dos oposiciones, Bien y Mal, ha admitido una especie de *maniqueísmo* en su último libro sobre la Religión.

(1) Th. Ribot. Schopenhauer. Paris, 1874.

Goethe (1), explican en parte la animosidad que por todas sus obras abunda contra Fichte, Schelling y Hegel, reyes entonces de la especulación filosófica. Hasta qué punto llegaría esa animosidad y desprecio, puede suponerse fácilmente al recordar lo esperanzado que Schopenhauer partiría para Italia, cuando después de dejar en prensa su manuscrito, compone, ya en Italia, en un viaje de Nápoles á Roma, los siguientes versos, en los cuales nos muestra su estado psicológico en los momentos que su obra capital veía la luz:

Unverschämte Verse.

Aus langgehegten, tiefgefühlten Schmerzen
Wand sich's empor aus meinem innern Herzen.
Es festzuhalten, hab'ich lang'gerungen:
Doch weiss ich, dass zuletzt es mir gelungen.
Mögt euch drum immer wie ihr wollt gebärden:
Des Werkes Leben könnt ihr nicht gefährden.
Aufhalten könnt ihr's, nimmermehr vernichten:
Ein Denkmal wird die Nachwelt mir errichten (2).

¡Qué dolor y qué desengaño para el hombre que no sólo tiene conciencia de su propio mérito, sino que para sí propio le exagera y aumenta, ver que no llegan á sus oídos las aclamaciones y voceríos que esperaba arrancar de sus compatriotas! Solo, desconocido, á lo sumo tratado como un excéntrico, humillado, pero no acobardado, vuelve á su patria después de una larga ausencia, y aún esperanzado, habilitase en Berlín como *Privat Docent*; hace un curso donde da más ampliaciones y aclaraciones á su filosofía; pero con tan mal éxito como su obra. Estos desprecios que él recibía, ¿quiénes los causaban? Fichte, Schelling y Hegel, se dijo él, lo cual explica la guerra ciega y baja que contra éstos siempre sostuvo. Él no les concedía ningún mérito, ni el de la pura intención; para él no fueron más que farsantes, que comerciaban con la Filosofía. Este es uno de los grandes errores de

(1) Durante el viaje á Italia que hizo Schopenhauer recibió de su hermana Adelaida, en Weimar, en aquella sazón, una carta, en la cual le decía el efecto que á Goethe hizo la lectura de su obra: «Hace cuatro días que Ottelice me ha dicho que su padre está ocupado con tu libro y que lo lee con un interés que ella no ha visto nunca en él. Afirma que la dijo que era una obra que pedía un año de estudio y de meditación. Lo que en extremo le encanta es la claridad, la exposición y el lenguaje, tan distinto de todos los otros, y que todos debíamos acostumbrarnos á llamar las cosas como tú haces. La división del libro le agrada mucho, y tú eres el único en este género que Goethe ha leído con tal celo y cuidado.»

(2) Estos versos, cuyo valor estético no es grande, tienen, sin embargo, una gran significación característica, pues nos muestran la naturaleza íntima de aquel filósofo. Pueden ser traducidos de la siguiente manera: «Versos inconvenientes.—De largo tiempo reprimidos y vivamente sentidos dolores, salió ella (su obra) de lo profundo de mi corazón. Mucho tiempo he luchado para asegurarla, mas al fin yo sé que lo he logrado.—Podeis hacer cuanto os plazca, que la vida de la obra no podreis comprometer.—Detenerla un momento, sí podreis; destruirla, jamás. Un monumento me erigirá la posteridad.» Estos versos fueron compuestos por Schopenhauer en 1819, pocos meses después de publicarse su obra capital, *Die Welt als Wille und Vorstellung*.—V. *Parerga und Paralipomena* 3, *Auflage II*, Band. S. 692.

Schopenhauer, y que prueba que, si es muy cierto que sus contemporáneos no le comprendieron, también lo es que él á su vez tampoco los comprendió.

Para él no fueron éstos más que los raptos de su gloria; ellos, que él consideraba tan pequeños por su educación exclusivamente escolástica, que para hablar tenían que hacerlo en jerga para que no fueran comprendidos, y una vez conocidos, desacreditados; él, que por condiciones especiales de su educación vivía en íntimo comercio con todas las literaturas extranjeras (1), y que conocía profundamente las antiguas; él, que á la vez que á Kant, estudiaba anatomía y fisiología y que entraba en el camino de la Filosofía, no como aquellos por la teología, sino por las ciencias experimentales; él, que, por último, se creía por tantos conceptos superior á ellos, no pudo sino acumular enojo sobre rencor, y cada vez que se le presentaba ocasión, estallar en las invectivas más impropias de la boca de un filósofo. Estas son, en nuestro concepto, las causas de ese carácter ágrío é intransigente, y no creemos necesario recurrir á causas patológicas como ha hecho uno de sus discípulos (2).

Examinada la personalidad del filósofo, prosigamos con su obra, por más que aquella sea la clave de ésta. El punto culminante de la Filosofía de Schopenhauer, es, si se considera por el efecto producido, el Pesimismo; decir schopenhauerista es como decir pesimista; hablar de sus obras, es hablar del pesimismo: ¿es esto justo? ¿O quiere significar que aunque su Filosofía abraza campos muy extensos están éstos reunidos bajo tal sistema de principios, que desde cualquiera de ellos pasaríamos necesariamente al Pesimismo? Sin temor de parecer paradójicos nos atrevemos á afirmar que ni lo uno ni lo otro: que no todo lo schopenhaueriano es pesimista, ni son todos sus principios fáciles conductores para aquella conclusión, y que lejos de eso, hay una contradicción flagrante entre una Voluntad, fundamento de todo lo viviente, y la Nihilificación de ella por medio de un accidente (Pensamiento) que ella en su desarrollo produce, lo que claramente se nos manifestará al resumir sus principales afirmaciones.

Al mundo sólo le conocemos, dice él, por sus apariciones, por sus fenómenos, que se relacionan con nuestro entendimiento; de él nada sabemos ni juzgamos sino aquello que en nuestro entendimiento nos representamos; el mundo es, pues, la representación

(1) Después de pasar Schopenhauer los primeros años de su vida en Danzig, donde nació en 1788, y algunos años más en Hamburgo, fué á Francia, donde estuvo largo tiempo, después á Londres y más tarde á Italia. Además de estas literaturas, que conocía acabadamente, y en cuyos idiomas se expresaba como en el patrio, hizo una traducción del *Oráculo de la Sabiduría*, de Baltasar Gracian, autor á quien estimaba mucho. El mismo repite el aforismo de Carlos V, *Quot linguas quis calleat, tot homines vallet*.

(2) Dr. Arthur Schopenhauer vom *medizinischen Standpunkt* vom Karl von Selditz.—1872.

que yo me haga de él, y sólo habiendo un sujeto hay un objeto, del mismo modo que sólo habiendo retina hay luz, de todo lo cual se concluye que el mundo existe porque yo me lo represento, y cada hombre, ó mejor dicho, cada sér que de un modo ó de otro se representa al mundo, es un portador del mundo, y perdida que sea esa facultad ó aptitud representativa, piérdese la representación del mundo, y con ella su existencia. El mundo es, pues, una Representación. Hé ahí la primera faz que sus principios metafísicos nos presentan, y de la cual quiere deducir todas las siguientes, para darnos despues como fundamento primo de la realidad toda (al ménos de la que nos es accesible), la voluntad del vivir *der Wille zum Leben*.

El paso, que es el salto mortal en que todos los sistemas se descalabran, es el que desde la Subjetividad ha de conducirnos á la Objetividad. El procedimiento seguido por Schopenhauer es, como él mismo lo reconoce, dogmático, y en pocas palabras puede resumírsele, diciendo: puesto que la Objetividad sólo se nos presenta en su primer momento como representación, debemos acudir á ella para hallar por su naturaleza y composición las condiciones por las cuales pasa *la cosa en sí* para presentarse como representación. Ahora bien; yo no me conozco sino como *Representación*, es decir, que todo mi sér sólo se me pone bajo un aspecto, el cual no contiene toda la realidad de que yo me compongo; yo me veo solo como representación, y á la vez tengo conciencia que soy, no sólo algo más que representación, sino que ésta está condicionada y amoldada por otra realidad en mí más general y extensa que la representación: ésta no dice cuál es toda mi realidad, sino simplemente cómo me conozco; de manera, que al darme como representación, ésta no es más que el hecho determinado de un principio determinante, el cual es el primero y fundamental en mi naturaleza. Este principio general y esencial en mí y que á la vez condiciona la representación, es la Voluntad, la cual únicamente comunica con mi esencia, y que al darse como un hecho en la conciencia llamamos *Representación*. Hé aquí, pues, cómo *yo* me doy como Representación no siendo sino Voluntad. Ahora, como el *yo*, el Micrócosmos, es el resumen del mundo, del Macrócosmos, preséntase como necesario que todo lo afirmado en el Micrócosmos se afirme también del Macrócosmos, y siguiendo aquí Schopenhauer el método de Empedocles, de explicar lo semejante por lo semejante, salta por completo á la objetividad, de la cual es también único principio, según él, la Voluntad, sin habernos demostrado ántes que el hombre sea el Micrócosmos, y sin tampoco probarnos por qué razón lo que de él se diga ha de repetirse también del Macrócosmos; pues no entendemos que la Antropología sea la Cosmología.

Al llegar á la Voluntad, como principio único de

toda la Realidad, muestra cómo todos los fenómenos son medios de que se vale la Voluntad para su conservación. Esta Voluntad es para él un Principio universal que por su naturaleza misma, el deseo de vivir, se vale de todos los medios posibles para su conservación; y como sólo existe en los hechos, de ahí ese apego que todos tenemos instintivamente á la vida; y á la vez que, dándose en los hechos solamente, es ella por su universalidad el Principio de todas las cosas, por más que deba distinguirse su Voluntad de la voluntad que los deístas aceptan como creadora del mundo. «De una Voluntad hace también el deísmo »partir el mundo, dice él, y por una Voluntad dirigirse el curso de los planetas y brotar de sus superficies la naturaleza; pero esta voluntad la sitúa el »deísmo puerilmente fuera del mundo, la cual sólo »medianamente opera sobre las cosas, á saber, por la »intervención, á la manera humana, de Conocimiento »y Materia, mientras que en mi sistema obra la Voluntad no tanto *sobre* las cosas como *en* ellas; pues »estas mismas no son otra cosa sino la visibilidad de »esa misma Voluntad. Esta conformidad, sin embargo, muestra que todos nosotros no podemos pensar »lo Primitivo de otra manera sino como una Voluntad (1).

Este principio, pues, causa de la Realidad, se encuentra en constantes producciones, las cuales no hacen más que cumplir el fin y objeto de la Voluntad, que no es otro que el Vivir. Esas producciones, aunque individuales en sí, no son otra cosa que los servidores de aquel Principio que se mantiene en ellos por dos medios principales, que son: la *nutrición* y la *reproducción*, y que obedecen á dos necesidades imprescindibles en todo individuo, el Hambre y el Amor, hechos que, cuando más autónomos nos creemos, vienen á recordarnos nuestra esclavitud y pequeñez, y á mostrarnos que somos instrumentos ciegos de aquellas necesidades.

Mas ¿cómo adquirimos el convencimiento de nuestra miserable realidad, y cómo nos apercebimos de nuestro servilismo hácia esa Voluntad? Por la Representación; es decir, por el Entendimiento. La Voluntad, con su fanática necesidad, produce incesantemente creaciones que conserven y eternicen su naturaleza, y en el número de esas perennes manifestaciones cuéntase el Entendimiento, el cual, por su carácter representativo y reflexivo, comprende que él no es más que un instrumento de la Voluntad, y concibe entonces el propósito de aniquilar aquel principio.

Ahora bien, nos preguntamos nosotros, ¿cómo es posible entender que la Voluntad, al procurarse nuevos órganos é instrumentos de conservación, produzca uno que, lejos de cumplir su objeto, se revuelve por completo contra su Creador? ¿Cómo llegamos á expli-

(1) *Parerga und Paralipomena*. Baud: I. S. 145, 5. Auflage.

caros la contraria naturaleza de Voluntad y Entendimiento, el uno creador y conservador, y el otro destructor, no siendo el último más que la obra de la primera? (1) ¿Qué Nirvana, ni qué Mundo futuro, sea la que se quiera su naturaleza, puede comprenderse después de la destrucción del Principio animador de todas las cosas?

No es, en verdad, cosa fácil de comprender que un principio universal y primero produzca en su desenvolvimiento un hecho que, siendo solamente una manifestación de aquél, aparezca, sin embargo, con propiedades contradictorias de tal género, que, lejos de cumplir el fin que aquel Principio se propuso, presenten á éste espontáneamente una naturaleza contraria, que, chocando contra él, cause su destrucción. Esta contradicción, por otra parte, análoga á la que presentan los que sostienen la universalidad del Bien y la accidentalidad del Mal, no puede francamente admitirse si, sin preocupación alguna, se trae severamente á la arena de la discusión. Sólo dogmáticamente, como hace Schopenhauer, obtiene una existencia más ó menos efímera, pues racionalmente nunca podrá decirse de la relación de lo fundante á lo fundado, sino que éste siempre tiene que ser de la misma naturaleza que el primero; por más que su existencia, por esa demarcación individual, sólo afirme las cualidades del fundamento en un campo mucho más limitado, á la vez que haga más visible su determinación.

Hé aquí por qué la suerte y existencia del Pesimismo no están estrechamente ligadas con la parte metafísica de la Filosofía de Schopenhauer, cosa que sobradamente nos han demostrado Hartmann, Volkelt y Venetianer, y hé ahí también cómo no procedimos paradójicamente cuando adelantamos que no todo lo schopenhaueriano era pesimista, y como no era su sistema un conductor necesario del ideal moral que esta Escuela presenta; pues del rápido resumen que hemos hecho de sus principales bases metafísicas, claramente se desprende que lógicamente podría seguirse del principio fundamental que aquel Filósofo reconoce, la Voluntad, un ideal totalmente contrario á las consecuencias que él dedujo, y en lugar de un Pesimismo, racionalizar desde aquel principio, si no un Optimismo, una Moral cuyos principios fueron el cumplimiento de las leyes naturales de vida que la Voluntad exige.

A la verdad, ese ideal que Schopenhauer enseña, esa destrucción de nuestra Voluntad, ese parasismo

(1) Hé aquí el punto de Hartmann. Comprendiendo él la profunda contradicción que en estos principios metafísicos de Schopenhauer existe, ha pensado salvarla, haciendo que estas dos leyes, Voluntad y Entendimiento, sean las propiedades de un Principio superior, que él llama lo Inconsciente, y rechazando así la creación espontánea del uno por el otro, como afirmó Schopenhauer. Dado este paso por Hartmann, se verificó así la unión de Schopenhauer con un sistema que detestaba con todo su corazón, y cuya asociación jamás hubiera soñado; es decir, con Hegel, con el gran Caliban, como él lo llamaba.

de nuestra actividad, no están solamente en contradicción con su principio mismo, sino que se oponen totalmente á nuestras ideas actuales, á nuestra cultura toda, que han venido á presentar como ley general de la existencia, la lucha por la vida, *the struggle for life*. Nosotros, pueblos del movimiento y de la lucha, no podemos admitir como término ideal el abandono de nosotros mismos; lo que pedimos y ansiamos son medios que nos fortalezcan, principios que nos revivan cuando por la lucha y las contrariedades estamos próximos á ceder: algo que nos consuele en nuestros contratiempos, pero que á la vez nos prepare para emprender de nuevo nuestra agitada vida. Ese anacronismo en que Schopenhauer cae para su época, existe también con el principio mismo que él reconoce imperar en la realidad, con *dem Wille zum Leben*. Entre ese principio y el resultado moral que nos pinta hay un paso falso: la negación del mismo principio hecha por un accidente, que él en su crecimiento y desarrollo produce.

El budhista que lleva en su cabeza un Mundo adecuado á su naturaleza y cultura; que, apartado de la vida activa, no conoce de ella los alicientes del triunfo y de la continencia; que, alejado del curso tumultuoso de nuestras ideas occidentales, se encierra en un personalismo estrecho y pequeño, y que se cree descendido á un Mundo donde sufre un castigo temporal, ese sí puede alejarse del movimiento de nuestra vida, y, refugiándose en el fondo de una sepultura, pensar únicamente en la vida de ultratumba, y á la vista de carcomidos cráneos, suponer que acaso pertenecieron á hombres ilustres, que hoy ya nadie conoce y cuyos nombres desaparecieron para siempre. El budhista, encerrado en estos moldes, puede llevar una vida constante de ensueños, y dirigiendo sus ideas, ya hácia atrás, ya hácia adelante, no ver en el trascurso del tiempo más que pueblos que nacen y mueren; civilizaciones que existieron, y hoy de todos ignoradas; ideas que brillaron un momento, y que hoy están para siempre extinguidas; ó á la vista de sus contemporáneos, más que en ellos, pensar en sus esqueletos; á la vista de su pueblo y de sus aspiraciones, pensar en ese Porvenir nebuloso, que todo lo ha de borrar y acabar; y, así en la vejez, viendo la caducidad, y en la infancia, la vejez, olvidar por completo la realidad, y, renegando del presente, decir: *Aneiza* (todo es fútil y pasajero); *Anatta* (nada es real); *Dukha* (sólo dolor y miseria) (1).

Pero nosotros, pueblos de Occidente, cuyo primer

(1) *Dukha*, *Aneiza*, *Anatta*, son las palabras que, con la de fórmula del Refugio dirigida á la Trinidad, reemplazan en el budhista el lugar de la oración, las cuales significan: *Dukha*: ¡Sólo dolor y miseria! *Aneiza*: ¡Todo es fútil y pasajero! *Anatta*: ¡nada es real! El Espíritu, empapado en estas desolantes sentencias, no ve en toda cosa sino el principio de destrucción que le acecha, y el fin que á todo espera.—A. Bastian, *Die Weltauffassung der Buddhisten*, 1870, S. 6.

paso en la vida es el movimiento, y que á la contemplacion preferimos la actividad, al impersonalismo asiático el individualismo occidental; que nos hallamos en constante circulacion unos entre otros, y que estamos educados por la accion y reaccion de las invasiones, ya de pueblos, ya de ejércitos, ya de ideas, no podemos aceptar ese pesimismo budhista, porque no renegamos del Pasado, en el cual hallamos nuestro maestro; porque en el Presente obramos y contribuimos á su esclarecimiento, y porque en el Porvenir vemos algo que nosotros mismos preparamos.

El Pesimismo ó el Budhismo son incompatibles con nuestra vida actual, del mismo modo que lo son con la Voluntad vital de Schopenhauer; son entre sí anacrónicos y contradictorios; pero su aparicion en la actualidad merece una gran atencion, no sólo por su valor filosófico, sino porque realmente manifiesta, como al principio hemos dicho, toda una faz del corazon humano; y sólo el exclusivismo de sus partidarios, cuando nos lo presentan como el único contenido de la Realidad toda, nos arrancará las protestas, que en otro sentido formularíamos tambien á los que nos presentaran el Optimismo como única verdad de la vida real.

El Pesimismo, sin embargo, necesita apóstoles que le sostengan en absoluto, pues es el primer paso que todo hecho ó ley tienen que dar para conseguir más tarde, por su solicitud y oposicion, el lugar que particularmente les corresponda. Dada la extension que hoy tiene, puede decirse que su existencia está asegurada, y que, ya bajo unos principios, ya bajo otros, siempre se nos presentará, hasta que por fin, depurándole de sus exageraciones y parcialidades, se explique y comprenda su naturalidad legítima dentro de las múltiples esferas en que el hombre se mueve. Imperar en absoluto, como señor de la vida práctica, jamás lo alcanzará por las contradicciones y oposiciones con que tropezará, y prueba palmaria de su relatividad son los diferentes principios que para su fundamento se establecen.

Por tal razon hemos afiliado la doctrina de Schopenhauer á la Crítica de la Razon práctica, por más que muchas de sus afirmaciones metafísicas estén mejor ó peor lógicamente desprendidas de la Crítica de la Razon pura, pues su significacion filosófica en la Historia del Pensamiento moderno irá siempre unida, más que á la creacion de tales ó cuales principios filosóficos, al concepto de la vida práctica que él presenta, y al ideal que él fué el primero en mostrar como remedio y fin de aquella, es decir, al Pesimismo.

Por otra parte creemos que hay una injusticia profunda en hacerle derivar de Fichte por lo que á la Voluntad toca. La Voluntad de Schopenhauer se distingue esencialmente de la de Fichte, pues en éste tiene una existencia individual y sólo significa en su sistema el fin apetecido que podemos obtener por la constancia y decision con que la mantengamos; mientras que

en Schopenhauer esta Voluntad que cada individuo posee es la aparicion histórica de la Voluntad general, principio de la Realidad toda; y léjos de poder con ella dirigir é impulsar nuestra vida práctica, como dice Fichte, ella es la que en nosotros nos sujeta y esclaviza á aquella necesidad general. Fichte habla de la Voluntad cuando quiere regular la vida práctica, y entónces es cuando admite la subordinacion de la inteligencia á la Voluntad; pues él, lo mismo que Schelling y Krause, establecen la moral segun la relacion de Conocer, Sentir y Querer, y aceptando la Ciencia como maestra de la vida, lógico era que perdieran de la Voluntad el cumplimiento de la vida práctica y realizacion del Bien, fin último de la vida misma. En Schopenhauer, por el contrario, esa Voluntad es una fatalidad con la cual hay que concluir, y su ideal ético es su destruccion, mientras que Fichte, por ejemplo, podía lógicamente decir: «Sólo en el »Querer se percibe el sér racional inmediatamente, y »ni podría percibirse á sí mismo ni al Mundo, ni habría, por lo tanto, Inteligencia, si ese Sér no fuera »un Sér práctico.» Es decir, conocimientos, sentimientos, no son más que Medios (por más que particularmente puedan ser fines especiales como son Ciencia y Arte) que obtienen su complemento sólo en el hacer, en el obrar, en último término en la determinacion de la Voluntad; pero esta importancia concedida aquí por Fichte, lo mismo que por Schelling y Krause y otros filósofos de la antigüedad, es la que en general siempre la Etica ha dado á la Voluntad, por más que unos hayan excedido ó disminuido su valor (1).

Sentemos, pues, como definitivo, que el concepto que Schopenhauer presenta de la Voluntad es propiamente suyo, por más que tenga cierto parentesco con otros pensadores, especialmente con sus contemporáneos, y que él es el primero que ha dado á ese Concepto la extension é importancia que muchos aceptan hoy, aunque no pertenezcan á su Escuela, denominándola con otro calificativo, en razon de la confusion que aquel nombre ocasiona, dada la acepcion general que entre nosotros tiene. Creemos que está Schopenhauer en un perfecto derecho, cuando, defendiéndose contra los que le acusan de plagio y superticioso, dice: «Sólo »aquel que comprende una Verdad fundamental, que »percibe todas sus consecuencias, desenvuelve todo »su contenido y abarca todo el imperio de su extension, y que, por consiguiente, la expone con plena »conciencia de su valor é importancia, clara y sistemáticamente, es su *descubridor* (2).» No vale, cierta-

(1) San Agustin, por ejemplo, decía: «Nosotros no somos más que Voluntad, y sólo los actos de ella son los que realmente podemos contar.» Otros filósofos aún, y particularmente la Escuela Socrática, siempre han mantenido el valor de la Voluntad, pues de ella depende toda la vida práctica. En ese caso tambien podrian ser considerados Clemens Alexandrinus y Espinosa, como presentidores de Schopenhauer en el concepto de la Voluntad.

(2) Loc. cit. pág. 144. I Bd.

mente, que ciertos indicios se muestren ya anticipadamente para que tan pronto como un hecho ha sido detallado y cuidadosamente presentado negarle el valor que se merece, pues hay una gran verdad en las palabras de Helvetius, que Schopenhauer cita, y que valen tanto para su obra como para otras tantas que sufren injustamente aquella acusación: «Il n'est point des moyens que l'envie, sous l'apparence de la justice, n'emploie pour dégrader le mérite... C'est l'envie seule qui nous fait trouver dans les anciens toutes les découvertes modernes. Une phrase vide de sens, ou du moins inintelligible avant ces découvertes, suffit pour faire crier au plagiat.» (De l'esprit, IV, 7.)

No somos nosotros los que creemos que la obra de Schopenhauer pueda ponerse á la altura de aquellas reformas que revuelven por completo la manera de ser de un pueblo y de una civilización, y que, con su presencia, establecen en la Historia una estampa imperecedera por la transformación que ocasionan, sino que la estimamos principalmente como la expresión psicológica de un momento de nuestra cultura contemporánea, y mejor aún, como un espejo, aunque parcial, que reflejará á las generaciones venideras gran parte de nuestra vida, que de otro modo permanecería para ellos totalmente oculta, ó á lo sumo atribuida á la fantástica imaginación de los poetas. Este es, pues, uno de los valores que indudablemente hay que conceder á Schopenhauer, y que, unido á la belleza y riqueza de su estilo, profundidad de su pensamiento, constituyen tres cualidades, cultura histórica, estética y filosofía, las cuales no permiten su olvido, y le aseguran un puesto eminente entre los primeros pensadores de nuestro siglo. «La Humanidad ha aprendido mucho de mí, que no olvidará, y mis obras no desaparecerán,» dijo él, y la Historia confirmará esa aspiración.

Cesemos por esta vez de hablar de ese ilustre filósofo, por más que no podamos dar este paso sin hacernos gran violencia, pues hay en Schopenhauer tanto que estudiar, que es más difícil buscar el punto final en que el crítico debe detener sus consideraciones, que el señalar las inmensas cuestiones que en su sistema se discuten. Aunque él mismo dice: «Apénas hay sistema filosófico tan sencillo y compuesto de elementos tan simples como el mio, y que por lo tanto sólo con una mirada puede ser fácilmente comprendido y abarcado;» no pretendemos, sin embargo, haber hecho una exposición de su sistema, sino que nuestro único intento ha sido delinear ligeramente los rasgos característicos de su filosofía, y preparar así el espíritu de aquellos que quieran adquirir en otra parte un conocimiento acabado de su sistema.

JOSÉ DEL PEROJO.

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

III.*

CARACTERES FISIOLÓGICOS Ó FACULTADES MORALES QUE DISTINGUEN Á LA MUJER.

La mujer delicada y sensible experimenta una serie de sensaciones que son desconocidas á la mayor parte de los hombres.

(Salomon.)

Todas las potencias de la organización nerviosa de la mujer, todos sus resortes y el juego de sus funciones, parecen hallarse de acuerdo para producir en ella su más preciosa y sobresaliente facultad, á la que pueden referirse casi sin distinción todas las demás facultades y cualidades de su espíritu y corazón. La exquisita sensibilidad de la mujer es la fuente verdadera de todos los sentimientos tiernos y afectuosos, en sus nobles esfuerzos de entusiasmo, y sus gustos por las cosas grandes y sublimes; este es el más brillante atributo de la vida femenina; la más admirable propiedad, cuyos desenvolvimientos tan diversos y variados, son llamados con los nombres, también distintos, de impresiones, sensaciones, percepciones, ideas, sentimientos, pasiones y afecciones; y puede agregarse que tal es la plenitud y el exceso de esta facultad de sentir en ella, que caracteriza y forma el rasgo más sobresaliente de su naturaleza.

La sensibilidad no es la vida; pero en la mujer, de tal suerte acelera ó calma las ondulaciones de ésta, ya sean superficiales ó concentradas, ya explosivas ó lánguidas, que constituye la delicia ó suplicio de su corta existencia. Dice una notable escritora, que «cuando una mujer sensible y de alma generosa concibe por un hombre verdadera pasión, ya de amor ó de amistad, siente en sí misma, en todas sus relaciones con él y en cuanto del mismo proceda, una superioridad tal de sensaciones y de ternura, que la rebajarían extremadamente á sus propios ojos, en el caso de serle posible formar de ellas justa idea.»

El prodigioso fondo de sensibilidad que se halla en la mujer, es tanto para ella como para nosotros origen fecundo de placeres delicados, y algunas veces también de penas amargas. El sentimiento las conduce á todo: nace, vive y muere con ellas, y produce en todas sus edades aquellas apreciables virtudes que las hacen querer y respetar, así como los particulares vicios, que las echamos en cara, porque cuanto más sensible es el corazón, más susceptible es de emulación, despecho y venganza, cuando se considera ultrajado. La sensibilidad, aunque funesta para la desgraciada que por ella ha sido

* Véanse los números 62 y 63, páginas 326 y 365.

arrastrada hasta la embriaguez de los vicios, es el don más precioso y sin el cual no experimentaría ni los encantos del genio y de la virtud, ni la felicidad suprema en sus rápidos resplandores sobre la tierra. Sin esta sensibilidad íntima y profunda, nada sería de la imaginación, de los altos pensamientos, de las acciones heroicas, y nada del saber inmenso en el vasto universo. Sin los resplandores de la sensibilidad, el hombre mismo quedaría un ser estúpido que apenas se elevaría sobre el bruto, y se entregaría á placeres carnales que le enervarían y degradarían hasta el fango.

En general la mujer tiene una sensibilidad más viva y más fácil de conmover, pero, empleada sin descanso en las atenciones del mundo exterior ú objetos que la rodean, es poco susceptible de modificaciones profundas, de conmociones prolongadas que son las que producen el razonamiento, la reflexión y la meditación. Todos los órganos en la mujer, como hemos hecho notar ya, son extremadamente finos, á lo cual contribuye la pequeñez de su estatura y la debilidad de su organización entera. Más activa que poderosa para el movimiento, posee todas las propiedades vitales en su más alto y exquisito grado, pero con fuerzas físicas extremadamente limitadas, de manera que su existencia consta más de sensaciones que de movimientos corporales. La movilidad, la debilidad y la inconstancia del sexo, del que La Bruyere ha dicho, que el capricho estaba muy cerca de la belleza para servir de contrapeso, tienden forzosamente á esta viva sensibilidad, que es debida á su misma debilidad orgánica.

La sensibilidad de la mujer es inseparable y propia de su sexo: la impresión viva que la hace un objeto amado ú odioso, un olor fuerte ó desagradable, un ruido inesperado, sus gustos, inclinaciones, la vehemencia pasajera de algunas de sus pasiones, y el papel, en fin, que desempeña en la historia de las locuras humanas, todo prueba en ella un organismo excitable en alto grado y á su modo...

Necesario es consignar, y que así se crea, que el mayor grado de sensibilidad no es una cualidad sin ventaja, al contrario; para aquellos que le poseen es origen de placeres desconocidos para los demás. El placer halla en ellos más fácil acceso y á la vez sus sensaciones son más vivas. Además, esta preciosa cualidad lleva consigo más importantes consecuencias, porque es en la sociedad el germen de todas las virtudes. El hombre sensible conoce solamente la complacencia de la caridad, el bienestar con el bien que se practica, el valor de la amistad y de la confianza; él es quien sabe amar á sus semejantes, respetar las leyes, aborrecer la injusticia, y él es el que, al relato de una buena acción ó hecho generoso, se enternece hasta derramar lágrimas de placer.

La mujer nos ofrece modelos maravillosos de esta bienhechora debilidad, y de esta exquisita y deliciosa sensibilidad. La dulzura, la indulgencia y la sumisión son virtudes esenciales á su sexo. ¿Dónde hallar como en ella el tierno interés y los delicados cuidados que dulcifican los males presentes y hagan olvidar los pasados? La dulzura, la bondad, el amor á la compasión, la caridad, la ternura, la conciliación y todos los lazos sociales que, uniendo sus diferentes miembros, aprietan los nudos de la familia, formando la más dulce herencia de la maternidad, son cualidades innatas en la mujer. Por este conjunto poderoso de raras y brillantes cualidades, es innegable que la mujer es muy superior al hombre. ¿Cuánta razón tenía Rousseau al decir: «El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, de ternura y complacencia; sus órdenes son caricias, sus amenazas lágrimas».

La mujer, como dice un escritor, es verdaderamente hija de Dios; y efectivamente, vista á la altura que mi ideal la pone y á que puede y debe llegar por sus condiciones, bien merece este título. Como el néctar entre los pétalos de la flor, su dulzura reside entre sus labios; su soplo es perfume que refresca el alma; su beso, corona para la inocencia, y perdón para el arrepentido. ¡Oh, mujeres, bellos ángeles, así comprendidos! respetad vuestros labios y no los abrais para el engaño; no los profanéis con risas impuras ni los mancheis con el veneno de la calumnia. En tanto que seáis esclavas y sufráis en un mundo que no os haga justicia, que vuestros suspiros suban al cielo desde el borde de vuestros labios, sin mancha; y que vuestras palabras desciendan á la tierra como rocío de amor, para ablandar el corazón de aquellos que os persiguen, y concluirán por comprender que han crucificado en vosotras dos veces á Dios; cayendo de rodillas y con lágrimas en los ojos, gritarán: ¡La mujer es verdaderamente hija de Dios!

Pero la mujer, así considerada, es dos veces nuestra madre. Que lo digan, si nó, los que aman por vez primera. Cuando la mirada de una mujer ha iluminado de esplendor desconocido su vida; cuando un atractivo, secreto y poderoso, dilata y hace palpar su corazón; cuando Dios en su infinitud les ha sido revelado en una mirada ó sonrisa; cuando han entrevisto el cielo en el éxtasis de un beso de primer amor; cuando su ídolo se les ha aparecido en su porvenir como visión siempre radiante; cuando se preguntan y tiemblan si tanta belleza no es una ilusión que se va á desvanecer, y cuando, por fin, con lágrimas de amor, ofrecen morir por ella, yo les preguntaré: ¿qué es la mujer? ¿Creeis que sólo sea juguete para un instante, que luego pueda romperse? ¿Creeis que sea un ser sin pensamiento y sin amor, hecho para entretenimiento de nuestros tor-

pes deseos? Y de seguro me dirán: la mujer es Dios mismo, revelado en toda su gracia, resplandeciente en toda su belleza y hablando á nuestros corazones en todo su amor. La mujer es palabra de consuelo en el porvenir, que ilumina á fin de que tengamos valor para vivir. La mujer es algo misterioso, colocado entre el cielo y la tierra, para que ésta no maldiga á aquél; su dulce y suave forma hace solamente ver á los desgraciados los genios buenos y ángeles consoladores; y un solo instante de su amor hace comprender lo inseparable de una larga vida. Esto será lo que dirá el que verdaderamente ama. Y en verdad que el que ama no se engaña en las situaciones de su corazón, porque el amor eleva al alma por cima de sí misma, haciéndola comunicar con un mundo superior. Escuchemos, en cambio, á todos aquellos que la desprecian y oprimen; y veremos que, no amando á la mujer, viven sin amor, viven sin vida, vegetan en el egoísmo y hasta en el odio, como plantas envenenadas; porque sólo el amor puede dar al pensamiento humano su sancion, y el corazón es la piedra de toque de las ideas. No hablemos más de los que no tienen ni han tenido corazón, puesto que ni aman ni saben amar; pero los que han amado y aman, han vivido y viven, que bendigan á Dios y sean agradecidos á la mujer que es dos veces nuestra madre, porque los ha dado segunda vez la vida, vida más divina, puesto que nos salva hiriéndonos; y nos cura de las languideces de la muerte haciéndonos sufrir los tormentos del amor!

A la mujer, su extrema sensibilidad la da seguridad de tacto y fineza de espíritu, y es muy raro que esta facultad que posee en alto grado, la engañe jamás en la aplicación que sabe hacer aun á los objetos que parecen serla más extraños, sin faltar jamás á cuanto exige el gusto y sentimiento de conveniencia. Nosotros, en cambio, nos vemos obligados á estudiar largo tiempo este género de experiencias de fino tacto en la vida, que ella conoce sin duda por intuición. Sólo á ella debe ser confiado el cuidado de esta parte de nuestra educación: por eso en las relaciones más ordinarias de la sociedad, una palabra, un gesto que se nos escape inadvertido, y cuya expresión no habríamos comprendido, la ha hecho ya conocer con toda certeza aquello que apenas logramos entender por todos los medios de expresión y frecuentemente sin éxito. Es indudable que á la influencia habitual de este gusto tan seguro que algunos hombres han podido alcanzar siendo sus mejores discípulos, deben toda su reputación.

Pero sobre todo, en el comercio de la vida, de aquella vida de desvarío, en el seno de la sociedad, es en el que brillan con todas sus cualidades y esplendor; allí es su verdadero dominio é imperio que nos hace reconocer toda su superioridad entregán-

dolas el cetro de las virtudes sociales que habría de romperse demasiado pronto en nuestras manos inhábiles. A ellas solas, en efecto, corresponde esa cortesía que ha hecho decir que una mujer que no era amable, no era según la naturaleza; á ellas también esa dulzura sin afectación que da á las maneras encanto seductor; á ellas esa indulgencia, que volando ante el amor propio, perdona con delicadeza y sin ostentación; á ellas, en fin, esa política distinguida que tanto se parece á la benevolencia, y que se confunde de ordinario con ella, y que sin ser la virtud precisamente, es al menos su imagen ó la del bienhechor engaño. Diremos más: sembradas en el mundo para hacer las delicias y los honores, llevadas naturalmente de la observación curiosa de cuanto pasa para conservar su imperio y extenderlo, concluyen muy pronto por hacerse nuestros maestros en materia de tacto, previsión y delicadeza. Ellas no deliberan, pero deciden; ellas no miran, pero ven; y á pesar de todas las ingeniosas precauciones con que el amor propio sabe encubrirse, ellas descubren sin esfuerzo las debilidades secretas, las falsas modestias y grandezas. Así es que, á golpe de vista, alcanzan lo que el hombre es realmente y lo que pretende ser; conocen al verdadero sabio, á pesar de su modestia, y al tonto, á pesar de su charla; ellas asignan á la desconfianza su verdadero origen, según que revela debilidad ó infortunio; ellas ponen el dedo sobre el solitario orgulloso que goza inocentemente de su pobreza y sobre el impetuoso que la más ligera contrariedad le hace estallar; pero ellas exceden sobre todo en el arte difícil de hacer nacer la opinión y dirigirla; y esto con un talento que sólo pertenece á ellas siempre que le necesitan para su amor propio ó interés. En las reuniones ó círculos, hacen cambiar la conversación del lado que les bulle una idea en su cabeza ó que ansían examinarla, y ésta es una de las mejores astucias que emplean para vengarse, ó al menos, es su gran recurso. Unas veces nos envuelven en cumplimientos; otras nos hacen enrojecer con elogios que no creen nos merecemos, y algunas nos dicen crueles verdades que parecen escapadas lo más inocentemente.

La mujer, ocupada incesantemente en observar al hombre, llega á desdoblarse todos los pliegues del amor propio y del corazón, descubriendo, entre los mismos, las debilidades más secretas, las apariencias y falsas grandezas, la ligereza de pretensiones, y en fin, todos sus sentimientos y matices más ocultos. Como dan una gran importancia á la opinión, ponen gran cuidado y reflexionan mucho sobre cuánto la hace nacer, la destruye, ó la confirma. Ellas saben también cómo se la dirige sin parecer ocuparse de ella, apreciando en cuánto la tiene cada cual, con quien vive, para gobernarle á este fin. En los ne-

gocios, conocen como nadie los grandes efectos que producen las pequeñas pasiones, que con arte especial saben dirigir imponiéndose á los demas, sin manifestarse jamás recelosas. Todos estos conocimientos de finura tan especial, sirven á la mujer de andadores para conducir á los hombres: la sociedad es para ellas un clavicordio cuyas teclas conoce perfectamente y parece que de antemano tiene adivinado el sonido que cada una debe dar.

En cambio, los hombres libres é impetuosos, suplen la destreza con la fuerza; y por consiguiente, teniendo ménos interes en observar, obligados á la vez por la necesidad continua en obrar, alcanzan con dificultad esta serie de pequeños conocimientos cuya aplicacion es de todos los instantes, y sus cálculos para la sociedad han de ser, á la vez que ménos rápidos, ménos seguros tambien. Tanto como el hombre considera y estudia la especie y las cosas generales, otro tanto la mujer se ocupa del individuo y de las cosas particulares. El uno se goza de su vigorosa independencia, y la otra prefiere la dulce servidumbre; ésta afecta la fineza y los detalles, y aquél hace resplandecer la franqueza y la sencillez. Cada uno considera los objetos á su manera y no los ve más que en una direccion con relacion admirable; y los dos sexos manifiestan necesidad de ser unidos para adquirir idea perfecta de las cosas. Todo lo que hay con carácter de fuerte, de vasto, y de sublime, es mejor comprendido por el uno; todo lo que hay delicado, gracioso y fino, es mejor sentido por la otra.

La mujer resume todo cuanto hay de más tierno, seductor y maravilloso sobre la tierra. Pero el hombre sólo es capaz de los brillantes trasportes del genio; reina por el pensamiento: su imperio es el universo, y su necesidad la inmortalidad. La penetracion de la mujer, es sin igual para juzgar á los individuos; los menores movimientos del corazon, los más escondidos arcanos, las pretensiones más secretas, la son tan conocidos como los mismos hechos exteriores. Todo su sistema de defensa se halla fundado en estos conocimientos y procede con ellos tan en seguro, que la bastan para contrabalancear el imperio de las leyes y de las costumbres; y con arma tan segura, la esposa suele emanciparse y la coqueta gobierna: aquí se limita la sagacidad femenina. La mujer conoce perfectamente á los hombres que trata; ella no conoce al hombre; nada se la escapa en el individuo, pero sí todo en la especie. Cuando se trata de subir del detall y de lo particular á lo general, de comparar hechos, deducir consecuencias; cuando se pretende abordar cuestiones serias de cálculo ó más ó ménos filosóficas, la mujer no existe ó desaparece, y sólo

queda el hombre. El mundo de los hechos es demasiado pesado á la mujer para que no le sacrifique por el de las ideas y sentimientos; lo que nada prueba mejor que la facilidad en conocerse á sí misma. Gracias á esta sensibilidad eléctrica con que se impresiona por lo más imperceptible, hace que tenga tiempo de sentir mil veces más que nosotros, y sobre todo, de sentir que ella siente: todo el equipo de su coquetería, ciencia de su atractivo, las inflexiones de su voz, los gestos y demas rasgos seductores, nos manifiestan en ella un sér que se ocupa de sí mismo hasta en sus menores detalles. Puede decirse que un espejo, invisible para nosotros siempre, la refleja constantemente á sus propios ojos, y sin embargo, nada llega á poseer científicamente de sí misma, ni puede en nada definirse.

La mujer, ¿es igualmente apta en sus restantes facultades, de suerte que pueda competir y reemplazar al hombre en el ejercicio de las mismas? Platon, en sus libros de la *República* sostiene que, igualmente que los hombres, deben ser admitidas á la gestion de los negocios públicos, de la guerra, al gobierno de los Estados, y en su consecuencia que debe educárselas igualmente que á los hombres para formar su cuerpo y su espíritu, sin exceptuar siquiera aquellos ejercicios incompatibles con el pudor y la virtud. Es sorprendente que tan eminente filósofo quisiera hacerlas renunciar abiertamente á las máximas más comunes y naturales de la modestia y del pudor, virtudes que hacen el mejor ornamento del sexo, cuyo despojo es cruel y absurdo, como lo prueban la práctica y respeto de las mismas en todos los siglos y en todos los pueblos de la tierra.

No pensó de igual modo su discípulo Aristóteles, que, sin atacar ni menoscabar en nada el sólido mérito de las cualidades de la misma, supo marcar con habilidad el diferente destino de la mujer y del hombre, fundándose en la diferencia de sus cualidades, tanto de cuerpo como de espíritu, dando al uno la fortaleza de cuerpo y la intrepidez de espíritu, que le hacen apto para soportar las fatigas y acometer los grandes peligros; y dando á la otra una complexion débil y delicada, acompañada de una dulzura natural y modesta timidez que la hacen propia para la vida sedentaria, y la conducen á la reclusion en su casa, para entregarse á los cuidados de una industriosa, sábia y prudente economía. Igualmente que Aristóteles piensa Xenofonte, y para trazar el programa de los trabajos que debe realizar dentro de la casa la mujer, la compara á la abeja madre, llamada ordinariamente la reina de la familia, que gobierna sola toda la sociedad, teniendo su intendencia, que distribuye todos los empleos, dirige los trabajos, que vela por la nutricion y subsistencia

de toda la familia, y que, en los tiempos marcados, divide en colonias y expulsa las nuevas generaciones á fin de descargar la colmena. Hace tambien observar la diferente constitucion física y moral que el Autor de la naturaleza ha dado á la mujer y al hombre, marcando de este modo á cada cual su destino particular y las funciones que le son propias.

Esta particion ó hijuela, dada á cada sexo, léjos de rebajar á la mujer, la eleva y ensalza, confiándola una especie de imperio ó gobierno doméstico, que sólo ejerce ó debe ejercer por dulzura, equidad y buen sentido, dándole ocasion oportuna de poner en salvo las más estimables cualidades, bajo el precioso velo de la modestia y de la obediencia. Es necesario reconocer de buena fe que en todos tiempos y condiciones ha habido mujeres que se han distinguido por un mérito sólido, elevándose por cima de su sexo, así como ha habido hombres que han deshonrado el suyo por sus defectos; pero estos son casos bien particulares que no pueden hacer regla ni prevalecer contra su destino, fundado en la naturaleza.

Las ideas abstractas y generales, los sistemas metafísicos y filosóficos, son casi indiferentes ó extraños á la mujer, y sólo hay un medio de hacerlos compatibles con su inteligencia, que es el de hacerlos pasar por su corazón. Píntense con vivos colores todos los sufrimientos por que pasaría el individuo bajo la desigualdad social, y entónces, pero sólo entónces, se apasionaría de los derechos individuales del hombre: lo que para nosotros significa la justicia, para ellas es la caridad. Lo mismo sucede con la idea de Dios: para el hombre, Dios significa siempre algo; para la mujer, sólo significa alguien. Nosotros le explicamos, le comentamos, y algunas veces le creamos; pero ellas sólo le aman.

Ningun descubrimiento matemático ni teoría metafísica son debidos á la mujer. En Grecia, en que las mujeres asistían con gran ardor á las notables Escuelas filosóficas y en que la de Pitágoras contaba todo un pueblo de adeptas, ni un sólo sistema filosófico salió de la cabeza de la mujer. Tan inteligentes como intérpretes, tan apasionadas como secretarias, su poder se detenía y se ha detenido siempre allí donde la creacion de la inteligencia comienza. En nuestro siglo, y hasta en nuestro país, tenemos ejemplos evidentes de los mejores talentos femeninos, pero incapaces de creacion.

Efectivamente; mujeres que la naturaleza ha dotado grandemente de carácter viril y de aquellas cualidades que parecen hacer al filósofo, como son gran amor á las ideas generales, desprecio á las preocupaciones, sentimiento de la dignidad humana, indignacion contra toda esclavitud, tanto la del po-

bre, la del obrero, como la de la esposa, nada nuevo han dicho sobre los problemas sociales y humanos.

En su mismo papel de romancera socialista, la mujer no ha pasado de ser un eco, un espejo ó arpa doliente, que ha reflejado todas las teorías que el azar ó el instinto la ha hecho conocer. Detrás de cada uno de sus pensamientos hay un pensador; y una sola cosa se observa en la exposicion de tales teorías y sistemas, que la es completamente personal, su alma, que los siente y expresa en su propio estilo. Las mujeres sólo son filósofas por el corazón.

Por la pasion solamente llega la mujer á comprender las ideas, y frecuentemente á expresarlas con una elocuencia superior. Pero como la pasion es arrebatada, móvil, llena de inconsecuencias, las ideas tambien, de ordinario, en la mujer son bruscas, cortadas y violentas: en su naturaleza tempestuosa, el pensamiento es, en cierto modo, relámpago del alma. No se puede negar á la mujer ingenio, gracia, delicadeza y un giro fino y animado en todo aquello que sale de su pluma y de su pincel. Quizá nos sobrepuja en este punto, y bien puede decirse que hay más mujeres que hombres de agudeza, porque, tal cual yo comprendo esta cualidad, hay ventajas en el sexo en razon á su viva sensibilidad exterior, á su movilidad, á lo picante y fino de sus reflexiones. La mujer siente mejor que nosotros las relaciones y oportunidad de la conveniencia ó inconveniencia; observa de más cerca los detalles, tiene más aptitud para plegarse á todo; pero como tiene una organizacion ménos fuerte, cede al hombre la superioridad en lo moral como en lo físico. Lo mismo que su voz es una octava ménos grave que la del hombre, así tambien sus ideas son más agudas y ligeras. Separada en todo tiempo por falta de estudios y educacion de la carrera literaria, ha mostrado su grandeza de alma por acciones reales, ya que no en ingeniosas ficciones ó criticando los hechos históricos. Ha hecho algo mejor que pintar, puesto que frecuentemente con su conducta ha formado los modelos del heroísmo. ¿Qué importa que la mujer en sus escritos no haya llegado á pintar una Cornelia, si Cornelia misma no tiene nada de imaginario? Pues qué, ¿no se ha visto en las tempestades revolucionarias á la mujer igualar á los héroes por la energía de su valor y por su grandeza de alma? Los grandes pensamientos suelen venir del corazón.

«Si se trata de comparar el talento y el ingenio en los dos sexos, dice Thomas, hace falta distinguir el ingenio filosófico que medita, del de memoria que resume; el de imaginacion que crea, del de política y moral que gobierna; y hace falta luego ver hasta qué grado estos géneros de talento

pueden convenir á la mujer. Si con la debilidad natural de sus órganos, de la que resulta su belleza; si con la inquietud de su carácter, que la da su imaginación; si con la multitud y variedad de sus sensaciones, que hacen gran parte de sus gracias, es compatible una atención sostenida, capaz de larga serie de ideas, atención que prescinde de todos los objetos para fijarse en uno sólo y verlo todo entero; que de una sola idea haga salir larga serie de ellas encadenadas, ó de gran número de las mismas dispersas extraiga una vasta y general que las contenga á todas.»

No se puede ménos de convenir en que falta siempre alguna cosa á las más brillantes producciones del sexo. No se encuentra en ellas aquella sublimidad, aquella energía viril, elevación ó profundidad de pensamiento, que son reflejo fiel del verdadero genio. Este género de talento é ingenio, es verdad que es raro hasta en el hombre; pero no es ménos cierto que lo han tenido todos aquellos que se han elevado á la altura de la naturaleza para comprenderla, los que han mostrado al alma el origen de las ideas, asignado á la razón sus límites, al movimiento sus leyes, al universo su marcha; los que creando nuevos principios, han creado nuevas ciencias, agrandando y cultivando el espíritu humano. Ninguna mujer se encuentra al lado de estos hombres célebres: la falta yo creo que consiste en la naturaleza y también en la educación.

Yo admiro y respeto bastante más á una mujer de ingenio que á una literata ó bachillera, sin que por esto sea ó me declare partidario de la escuela de Moliere; al contrario, sé que el hombre y la mujer tienen la misma alma y el mismo destino moral, debiendo serles reclamada igual responsabilidad del empleo de las facultades; por consiguiente, también para la mujer reclamo toda aquella educación é instrucción que necesita para llenar sus fines. Una vez que la mujer ha de ser la compañera del hombre, sería inicuo y absurdo privarla de los conocimientos é instrucción necesaria para vivir en comercio espiritual con él, y puesto que ha de participar de su destino, necesario la es también comprender éste y á su compañero, para así participar de sus luchas, de sus sufrimientos y aliviárselos en cuanto posible la sea. Dejémosla cultivar su espíritu con toda suerte de conocimientos y estudios, siempre que sea inviolablemente guardada la ley suprema de su sexo, el pudor que constituye su gracia.

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

EL CONFLICTO

ENTRE LAS CIENCIAS NATURALES Y LA ORTODOXIA
EN INGLATERRA.

III. *

John Tyndall nació en 1820 en Irlanda, hijo de una familia inglesa, procedente de Gloucestershire. Esta familia cuenta, al parecer, entre sus antepasados, á un tal William Tyndall, que tradujo la Biblia al inglés y fué quemado en 1536 por crimen de herejía. El padre del profesor actual era un celoso protestante, muy respetable, pero apasionado por la controversia. Su hijo heredó, sino su ortodoxia, al ménos su independencia y condiciones de polemista, que debían prestarle algún día eminentes servicios. Agregado primero al servicio del catastro en Irlanda, y después ingeniero de caminos de hierro, ingresó como encargado de una asignatura en la escuela profesional de Hampshire, de donde salió en 1848 para estudiar en Marburg, bajo la dirección del ilustre profesor Bunsen. Su primera obra notable apareció en 1850, y versaba sobre la gran cuestión del diamagnetismo y de la polaridad diamagnética. Tocaba ya por medio de este género de investigaciones á la constitución íntima de la materia como *substratum* y foco de fuerzas organizadoras. De vuelta á Londres en 1852, fué nombrado profesor de física de la Institución Real. De igual modo que Huxley, mostróse digno de esa alta posición científica por los numerosos y notables trabajos con que enriqueció el dominio de las ciencias de la naturaleza. La constitución molecular de la materia y los fenómenos de los glaciares alpestres (1) han atraído, según parece, con preferencia sus observaciones y sus estudios especulativos, y á sus ensayos de gran síntesis física se refieren más ó ménos directamente sus tratados ya numerosos sobre el calor, como modo de movimiento, sobre la acústica, sobre la física molecular en sus relaciones con el calor irradiante, sobre la luz y sobre la electricidad (2).

Como su amigo Huxley, se distingue en el género de conferencias ó de lecturas públicas, y gusta de exponer ante un público avidísimo de oírle, los resultados de sus profundas investigaciones. Mientras su amigo se asemeja por la regularidad, acen-

* Véase el número anterior, pág. 375.

(1) A fines de Diciembre de 1859, subió á Montanvert y pudo determinar el movimiento invernal del mar de hielo. Los resultados de su estudio están consignados en su obra sobre *Los glaciares*, que forma parte de la *Bibliothèque scientifique internationale*.

(2) Sus ideas sobre la constitución de la materia, le han conducido recientemente, en punto á señales náuticas, á experimentos cuya aplicación en días de niebla prestará grandes servicios á la navegación en la proximidad de las costas.



tuacion y movilidad de su fisonomía á ese tipo que nos atreveríamos á llamar anglo-breton, tanto que al ver su retrato es más fácil creerle frances que inglés, Tyndall pertenece visiblemente á la raza anglo-sajona, y su enérgico y alargado rostro recuerda el tipo del americano del Norte. Ambos tienen en alto grado el talento de interesar á numerosos auditorios hablándoles de los asuntos más áridos. Huxley cuida quizá más del arte, del método, de la sucesion y de la proporcion en su discurso, y Tyndall se distingue por lo imprevisto, la poética originalidad de la forma y los rasgos humorísticos que tanto agradan en Inglaterra. A los dos honra la gran moderacion con que juzgan á sus adversarios que no les pagan en la misma moneda, pero esta moderacion nace de la conciencia de su fuerza y no excluye esos certeros golpes, con los cuales una mano hábil en esgrima devuelve con delicadeza, pero con usura, los botonazos de su antagonista (1).

Entre los numerosos escritos de Tyndall, tomaremos por ejemplo el discurso de apertura que pronunció el año último ante la asociacion británica, reunida en Belfast, discurso que causó gran sensacion, y en el cual procuró el profesor rehabilitar elocuentemente las explicaciones llamadas materialistas del Universo (2). Ascendiendo hasta Demócrito, resumiendo los sistemas de Epicuro, de Empedocles y de Lucrecio para llegar á nuestros dias, no sin asestar de paso duros golpes á la reputacion científica de Aristóteles, expresó sus vivas simpatías por las teorías de Darwin y la psicología de Spencer, reivindicando altivamente para ellas el derecho de asistencia, no como si se tratase de doctrinas indiscutibles, al contrario, pero sin permitir un sólo momento á la teología intervenir en el juicio definitivo. Segun el orador, los elementos cosmológicos de las doctrinas religiosas son los que deben comparecer ante el tribunal de la ciencia pura. Cuando la teología se cree obligada á afirmar determinada manera de comprender la naturaleza, la vida, sus orígenes y sus fenómenos, se condena por este hecho á depender de las ciencias de la naturaleza y de la vida, y tanto peor para ella si ésta se pronuncia en sentido opuesto. Aventurándose en un terreno que no es el suyo, se expone voluntariamente á este grave peligro. Por lo demas, nadie reconoce más sinceramente que Tyndall el buen derecho del sentimiento religioso al lado de las pretensiones no ménos legítimas de la razon y de la ciencia, y quien logre en nuestros dias, dice, dar al

(1) A los aficionados á saber los detalles íntimos de los hombres de Ciencia, diremos que el profesor Tyndall, «á pesar de lo devoto que es por la experiencia, no ha querido hacer la del matrimonio.»

(2) Este discurso del profesor Tyndall ha sido publicado en la REVISTA EUROPEA, págs. 469 y 500, t. II; números 33 y 34, correspondientes á los dias 11 y 18 de Octubre de 1874.

sentimiento religioso una satisfaccion, á la que la razon nada tenga que objetar, «habrá resuelto el problema por excelencia de nuestra época.» Debe rendirse homenaje á la libertad con la cual el eminente físico presenta ambas fases de la cuestion, tan frecuentemente sacrificadas una á otra por los exaltados de la extrema derecha y de la extrema izquierda, pues no sólo en la extrema derecha existe la intransigencia, la ceguedad, y, en una palabra, el fanatismo.

Hay, entre otros, un curioso fragmento del discurso de Belfast, donde con ingeniosa forma presenta Tyndall á un discípulo de Lucrecio defendiendo los principios físicos de su maestro contra un partidario inteligente y cortés de las doctrinas espiritualistas. El campeón ideal del espiritualismo es el obispo Butler, autor de un tratado, por largo tiempo famoso, sobre la *Analogía de la religion natural y revelada, con la constitucion de la naturaleza* (1736), muy estimado aun hoy dia en Inglaterra por su sagacidad; su moderacion y el vigor de su lógica. El obispo Butler es uno de los padres más respetados de la Iglesia Anglicana. Capaz de escuchar en toda cosa el pro y el contra; jamás opuso un anatema á una buena razon.

En el capítulo de la naturaleza humana, Butler sostenía, como todos los espiritualistas de su época, la distincion marcada, absoluta, del organismo corporal y del *yo*. Nuestros cuerpos, decía, no forman mayor parte de nosotros mismos que la demas materia que nos rodea. Por ejemplo: si se trata de nuestra percepcion de los colores y de las formas, los ojos desempeñan precisamente las mismas funciones que una lente, y por sí mismo es tan extraño nuestro verdadero *yo*, como pudiera serlo un antejo fabricado por un óptico; de igual manera se puede razonar respecto á los demas sentidos. Nuestros órganos son, pues, en la acepcion rigurosa de la palabra, instrumentos cuya desaparicion no lleva consigo la del *yo*, como la destruccion de las herramientas de un trabajador no supone la muerte de su propietario.

¿A qué razonamientos apelaría el supuesto discípulo de Lucrecio para atacar las posiciones del obispo? Helos aquí, segun Tyndall, é inútil es añadir, que este diálogo entre muertos se parece exactamente á un diálogo real de un profesor vivo que discute consigo mismo.

El discípulo de Lucrecio es el primero que habla, y lo hace en los siguientes términos:

«Sometidas al criterio de la representacion mental, vuestras miras, reverendísimo prelado, ofrecen á muchos espíritus, grandes, sino insuperables, dificultades. Hablais de fuerzas vitales, de *facultades perceptivas* y de *nuestro yo*; pero ¿sois capaz de representar intelectualmente alguna de esas cosas,

aisladas del organismo por medio del cual obran? Examinados sinceramente vos mismo y ved si poseis una sola facultad que os permita formar tal concepto. El *yo* habita localmente en cada uno de nosotros. Así localizado, ¿no debe tener una forma? ¿Cuál forma? ¿La habeis vos examinado, ni siquiera por un momento, con rasgos que puedan parecer reales. Cuando se amputa una pierna se divide el cuerpo en dos partes. ¿En cuál de las dos existe el *yo*, ó se encuentra en ambas á la vez? Tomás de Aquino podría decir que en las dos; pero vos no, porque considerais á la conciencia asociada á una de ambas partes para probar que la otra es una materia extraña. ¿Es, pues, la conciencia un elemento necesario al verdadero *yo*? ¿Qué decís, entónces, en el caso de que el cuerpo entero esté privado de ella? Y en el contrario supuesto, ¿por qué negais á la pierna cortada toda participacion en el verdadero *yo*? Paréceme singularísimo, que desde el principio hasta el fin de vuestro admirable libro (cuya sobriedad y vigor nadie admira más que yo) no mencionéis ni una sola vez el cerebro ni el sistema nervioso. Comenzais por una extremidad del cuerpo y mostrais que sus partes pueden ser separadas sin perjuicio para la facultad perceptiva. Sin embargo, ¿qué sucedería si empezarais por la otra extremidad; si en lugar de una pierna quitais la cabeza? Como ántes, el cuerpo queda dividido en dos partes, pero ambas sufren la misma suerte, y ninguna de ellas puede servir para probar que la otra es materia extraña. Ó bien, sin ir tan léjos, quitad una parte de la cubierta huesosa del cerebro y aplicad la sustancia blanda que queda al descubierto una serie de presiones intermitentes. A cada presion las facultades de percepcion y de accion desaparecen, y á cada intermitencia reaparecen; ¿qué es de la fuerza perceptiva durante las presiones?

«Cierta dia recibí de improviso la descarga de una fuerte batería de botellas de Leiden. No sentí nada; pero quedé privado, durante un espacio de tiempo apreciable, de la conciencia de que existía. ¿Dónde estaba mi *yo* durante este intervalo? Hombres que han sobrevivido á una descarga eléctrica de las nubes, se han encontrado mayor tiempo en el mismo estado, y en los casos ordinarios de conmocion cerebral pueden trascurrir dias enteros sin que la conciencia se dé cuenta de la menor impresion. ¿Dónde está el hombre durante este período de insensibilidad? No creo que vuestra comparación con los instrumentos toque al fondo de la cuestion. Un telegrafista tiene sus instrumentos, y por medio de ellos conversa con el mundo; nuestros cuerpos poseen un sistema nervioso que desempeña un papel análogo entre el poder de percepcion y las cosas exteriores. Cortad los hilos del telegrafista, romped sus baterías, desmagnetizad su aguja, y de este modo

le privareis, seguramente, de sus relaciones con el mundo. Sin embargo, como estos son verdaderos instrumentos, su destruccion en nada afecta al hombre que de ellos se servía. El telegrafista sobrevive, y sabe que sobrevive; ¿pero hay acaso alguna parte del organismo humano que corresponda á esta supervivencia consciente cuando la batería del cerebro está desarreglada hasta el punto que produzca la insensibilidad, ó cuando está por completo destruida?

Otra consideracion, que acaso os parezca ligera, se impone con bastante fuerza. El cerebro puede pasar del estado de salud al estado enfermo, y bajo el imperio de este cambio, el hombre más ejemplar puede convertirse en un disipado ó un asesino. Mi nobilísimo y honrado maestro Lucrecio fué, como sabeis, víctima de los celos de su esposa. Esta le hizo beber un filtro, que le produjo en el cerebro veleidades de libertinaje; y por no correr el riesgo de ceder á tan innoble inclinacion se mató. ¿Cómo pudo volver Lucrecio la mano contra sí mismo, si el verdadero Lucrecio continuaba siendo lo que ántes?... Con permiso vuestro; os diré que temo se deduzcan las más graves consecuencias de vuestra manera de estimar el cuerpo. Considerar el cerebro como se considera un baston ó unos anteojos, cerrar los ojos á todos sus misterios, á la perfecta correlacion entre su estado y nuestra conciencia, al hecho de que una débil cantidad de sangre, en más ó en ménos, en sus arterias, produce el desvanecimiento de la conciencia, que en relacion con el cerebro, nuestro alimento, nuestra bebida, nuestro aire, nuestro régimen, tienen un valor de primer orden; olvidar todo esto es, en mi opinion, abrir la vía á innumerables errores prácticos, y en ciertos casos provocar ó favorecer el mal cerebral, la ruina mental, que es su consecuencia, y que una atinada apreciacion de este misterioso órgano hubiese permitido evitar.»

«Imagino, continúa Tyndall, que el obispo queda pensativo al oír estos argumentos. No era hombre capaz de permitir á la pasion mezclarse en tal debate. Despues de reflexionar y fortificado por esa honrada contemplacion de los hechos, que era conforme á su manera de ser, y que implica el deseo de conceder su valor legitimo á los hechos contrarios, supongo que el obispo hubiera razonado de este modo: «Recordais, hubiera dicho al discípulo de Lucrecio, que en mi libro sobre la *Analogía* no me he comprometido á demostrar nada de una manera absoluta, y repetidas veces he insistido en los estrechos limites de nuestros conocimientos, ó mejor dicho, en la profundidad de nuestra ignorancia, por lo que hace al sistema entero del Universo. Mi designio consistía en demostrar á mis amigos los deistas, que se expresan con tanta elocuencia sobre

la belleza de la naturaleza y los beneficios de su Ordenador, mientras que sólo abrigan desprecio hacia los pretendidos absurdos del cristianismo, que su condicion no era mejor que la nuestra, y que, por cada dificultad que advertían de nuestra parte, podía yo presentar otra tan grande de la suya. Con vuestro permiso, seguiré en esta ocasion el mismo método. Sois lucreciano, y deducís todas las cosas terrestres, comprendiendo las formas orgánicas y sus fenómenos, de la combinacion y la separacion de átomos inanimados. Os diré, en primer lugar, hasta qué punto podemos caminar juntos. Admito que podais producir formas cristalinas, poniendo en juego la fuerza molecular, y que este es el origen de admirables construcciones, como la del diamante, la amatista y las estrellas exagonales de la nieve. Añadiré más, reconociendo que un árbol ó una flor pueden ser organizados de igual manera. Más aún: si podeis demostrarme que hay un animal desprovisto de toda sensacion, concederé que ha podido tambien formarse por una accion determinada de la fuerza molecular.

»Tenemos, pues, hasta ahora el camino despejado; pero en seguida aparece una dificultad. Vuestros átomos, tomados aparte, están desprovistos de toda sensacion, y lo que es más, de toda inteligencia. A mi vez, puedo yo pedir os que resolvais este problema. Tomad vuestros átomos de hidrógeno sin vida, vuestros átomos de oxígeno sin vida, vuestros átomos de carbono sin vida, vuestros átomos de azoe sin vida, vuestros átomos de fósforo sin vida, y todos los demas átomos sin más vida que los granos de pólvora, y con los cuales decís que está compuesto el cerebro. Imaginadlos separados é inanimados, y despues, asociándose, mezclándose y formando todas las combinaciones posibles.

»Todo este movimiento, puramente mecánico, es visible á los ojos del espíritu. Pero ¿podeis ver, podeis imaginar, soñar de cualquier modo lo que hace que, de esta accion mecánica, de estos átomos sin vida, se desprendan la sensacion, el pensamiento, la emocion? ¿Podeis extraer *La Iliada* de un golpe de dados ó el cálculo diferencial de un choque de bolas? No estoy completamente desprovisto de la facultad representativa de que hablais, ni carezco en absoluto, como algunos de mis colegas, de conocimientos científicos. Puedo seguir una partícula de almizcle hasta el momento en que llega á los nervios olfatorios; puedo figurarme las ondas sonoras hasta que sus ondulaciones lleguen al agua del laberinto y afecten los otolitos y las fibras de Corti; puedo representarme de igual manera en forma sensible las ondas del éter hasta el momento en que atraviesan el ojo y tocan la retina. Diré más: soy capaz de seguir hasta el órgano central el movimiento impreso en la periferia, y ver idealmente las

moléculas del cerebro vibrar á su contacto. No confunde á mi inteligencia esta serie de fenómenos físicos; lo que me confunde es vuestro aserto de que de esas vibraciones físicas salen cosas tan perfectamente inconexas, como la sensacion, el pensamiento y la emocion. Me direis que, en vuestro sentir, la aparicion de la conciencia, debida á un choque de átomos, no es más inconexa en sus antecedentes, que la luz producida por la reunion del oxígeno y del hidrógeno. Perdonadme; esta misma luz es inconexa, y os ruego que fijéis bien la atencion. Esta luz es, como fenómeno luminoso, un hecho de conciencia, y su contraparte objetiva sencillamente una vibracion. Sólo vuestra interpretacion produce salud. Sois *vos* la causa de la inconexion, y sois *vos*, vuestro *yo* quien me embaraza. Necesito recordaros que el gran Leibnitz sentía, como yo, esta dificultad, y que para evitar esa monstruosa deduccion que quiere hacer salir la vida de la muerte, reemplazó vuestros átomos por sus mónadas, espejos más ó ménos perfectos del Universo, de cuya suma y desarrollo suponía que provenían todos los fenómenos de la vida, de la sensacion, de la inteligencia y del sentimiento.

»La dificultad en que os encontrais comprometido es tan grande como la mia. No podeis satisfacer la inteligencia humana, que os pide la continuidad lógica entre los movimientos moleculares y los fenómenos de la conciencia. Hay una roca contra la cual el materialismo se estrella fatalmente cuantas veces quiere convertirse en filosofia completa de la naturaleza. ¿Qué moral debe deducirse de todo esto, señor discípulo de Lucrecio? Ni vos, ni yo nos dejaremos dominar por la ira al discutir estas grandes cuestiones, pues ambos vemos que hay lugar para honradas diferencias de opinion; pero de ambos lados existen personas ménos sensatas ó más preocupadas, dispuestas á mezclar la cólera y la injuria á este género de debates. Hay, por ejemplo, escritores notables é influyentes á quienes no avergüenza presumir que el pecado personal de un gran lógico consiste en su incredulidad respecto á un dogma teológico, y hay otros que sostienen somos hipócritas y mentirosos porque amamos nuestra Biblia, libro que ha influido en la constitucion de nuestros antepasados, y en cierto modo en la nuestra. Desautoricemos, desanimemos á esta clase de gentes, y alimentemos la fe inquebrantable de que lo que hay de bueno y verdadero en nuestros respectivos argumentos subsistirá para bien de la humanidad, mientras que lo que hay malo y falso desaparecerá.»

«En mi opinion, añade Tyndall, el razonamiento del obispo es irrefutable, y su liberalismo es un buen ejemplo para ser imitado.»

Se ve por este fragmento cuán injusto sería afiliar

á Tyndall entre los partidarios de un materialismo absoluto, cerrado á las reclamaciones mejor fundadas del espiritualismo, y por el contrario, un espiritualista de la antigua escuela, manteniendo su tésis esencial, pero demasiado afecto á la verdad para negar las evidencias de la tésis opuesta, estaría, sino de acuerdo, á lo ménos dispuesto á conferenciar con él sobre los medios de llegar á las nociones más comprensivas de la realidad; verdad es que esta posición modesta, espectante, jamás conviene á espíritus absolutos, que en religion, sobre todo, se irritan y enfurecen al ver que adquiere importancia un punto de vista nuevo, contrario para ellos.

El discurso de Belfast provocó un diluvio de denuncias y anatemas. En periódicos, púlpitos y conferencias piadosas resonaron los clamores de la indignación. Un detalle cómico de esta apasionada controversia es el de que algunos adversarios de Tyndall, no comprendiendo lo que había de ingenioso y humorístico en la réplica ficticia puesta en boca del Obispo Butler, la tomaron por una cita sacada de las obras del venerable prelado, pareciéndoles imposible que el mismo hombre presentara con tanta imparcialidad las dos fases de la cuestión. Hasta hubo un cándido comerciante de Lóndres que creyó ejecutar un acto piadoso, sacando del empolvado arsenal de las antiguas leyes inglesas un decreto de no sé cuál año, olvidado por el Parlamento, que imponía severos castigos á los autores de discursos injuriosos para la Divinidad. Sin ir tan léjos, el mismo *Punch* intervino en el asunto, y sabido es que *Mister Punch* es una institución británica. Como el escándalo se había verificado en Irlanda, los veinte y ocho arzobispos y obispos de Irlanda publicaron en Dublin una carta pastoral para prevenir á sus ovejas contra estos peligrosos sofismas, que conducían directamente las almas á su perdición.

Estas ruidosas denuncias tuvieron el resultado que fácilmente podía preverse. No gusta á los ingleses sentenciar sin oír á las dos partes contendientes. El discurso de Belfast fué meditado por millares de lectores en Inglaterra y América, y el autor añadió á la sétima edición, en forma de prefacio, una explícita réplica á sus adversarios de todas clases. «He advertido con tristeza, dice, lo groseramente que se dejan influir los hombres por lo que llaman su religion, y sobre todo por esa naturaleza corrompida que la religion está llamada, segun aseguran, á domar y estirpar.» Prescindiendo de huecas declamaciones, va directamente á la objeción más fuerte y razonable que se le ha hecho. Se le censuraba de haber desertado del dominio de la ciencia pura, para entrarse en el de la teología. No, responde; yo no he desertado, yo no he entrado por ningun terreno: físico era y físico continuó siendo; pero la ciencia camina rectamente hácia

adelante, y yo hago como la ciencia. No es culpa de ella si, al tratar científicamente las cuestiones cosmogónicas, tropieza con ideas consagradas quizá por tradiciones religiosas, pero sin autoridad legítima en tal materia. Se le acusó también de haber traspasado, en la exposición de sus teorías sobre la constitución del mundo, los datos de la experiencia, siendo de tal modo infiel al método que preconiza. Acusación ridícula, contesta: si fuera preciso encerrarse exclusivamente en los puros datos de la experiencia, no habría ciencia posible. La ciencia debe apoyarse, ante todo, en los hechos fijados ó comprobados por la experiencia, pero su misión consiste justamente en formular las leyes ó conceptos generales que estos hechos revelan, leyes que adelantan sobre ellos, puesto que los contienen. No hay teoría alguna, trátase de la luz, del calor, del magnetismo ó de la electricidad, que no esté expuesta á este género de censuras.

«Razonemos con calma, añade. Acepto la teoría de las nebulosas, tal y como ha sido expuesta por Kant, Laplace y Herschel, y tal como ha sido admitida por los mejores espíritus científicos de nuestros días. Segun esta teoría, nuestro sol y los planetas estuvieron en otros tiempos dilatados en el espacio en estado de gas excesivamente sutil. El sistema solar provino por condensación. ¿Cuál fué la causa de esta condensación? La pérdida de calor. ¿Cuál la que redondeó el sol y los planetas? Lo que redondea una lágrima; la fuerza molecular. Durante períodos de tiempo cuya inmensidad es superior á las concepciones humanas, la tierra fué impropia para mantener lo que llamamos la vida. Hoy está cubierta de seres vivos, y la materia de que están formados no difiere de la de la tierra, siendo por el contrario huesos de sus huesos y carne de su carne. ¿Cómo han aparecido? La vida estaba implicada en la nebulosa, acaso como fracción de una vida más vasta y absolutamente insondable, ó bien era obra de un ser exterior á la nebulosa que la arregló y vivificó, pero cuyo origen y cuyas vías se escapan á nuestras investigaciones? En cuanto la mirada de la ciencia ha podido penetrar hasta ahora en la naturaleza, jamás ha comprobado en ninguna serie de fenómenos la intrusión de un poder puramente creador, y la presunción de tal poder, como medio de dar cuenta de los fenómenos especiales, siempre ha tenido por término una decepción... Considerando, pues, como cierto que la nebulosa y el sistema solar, comprendiendo en ellos la vida, son conjunto en relación análoga á los del germen y del organismo acabado, confirmo aquí de nuevo, sin arrogancia ni provocación, pero sin sombra alguna de indecisión, las ideas que emití en Belfast.

»El hombre de ciencia debe considerar la cuestión de la aparición de la vida sobre el globo, no

con vagas emociones, sino con la precision que el entendimiento requiere, y de seguro será el último en dogmatizar sobre este asunto, porque sabe mejor que nadie cuán difícil ha sido hasta ahora llegar á la certidumbre. Si se niega á admitir la hipótesis de una creacion especial, esta negativa no significa conocimiento, sino protesta contra una presuncion de conocimiento de que careceremos por largo tiempo todavía ó acaso siempre, y protesta porque el presumirlo es fuente de confusion perpetua. Dispuesto á dejarse convencer, sólo pide á sus adversarios enseñarle la autoridad en que descansa la creencia que proclaman en tono tan resuelto y atrevido. Todo lo que pueden hacer es indicar el libro del *Génesis* ó cualquier otra cita de la Biblia. Para mí, estos primeros ensayos del espíritu humano, procurando satisfacer su ardiente deseo de encontrar una causa universal, son profundamente interesantes y hasta trágicos; pero en los debates científicos no se debe conceder la palabra al libro del *Génesis*. Después de resistir por algun tiempo al empuje de la geología, ha tenido que ceder como peñasco de arcilla plástica. Su autoridad, como sistema cosmogónico, está completamente desacreditada, porque en todas partes se ha abandonado el sentido evidente de los textos. El *Génesis* no es un tratado científico, es un poema; bajo este último aspecto su belleza es imperecedera; como tratado científico ha sido y continuará siendo un obstáculo y un perjuicio.»

Estas dignas frases no deberían alarmar á una teología verdaderamente liberal; pero bien sabemos que, durante largo tiempo y aún hoy día, para muchas almas piadosas en Inglaterra, está fuera de duda que, respecto á geología y cosmogonía, el autor del *Génesis* tiene más autoridad que el presidente de la Sociedad Real de Londres. Mucho habría que hacer para decidir las á ver sólo una bella poesía en su relato de la creacion. Verdad es que la crítica moderna distingue dos de estos relatos yuxtapuestos, bastante distintos, y en último caso podría preguntárseles á cuál de los dos corresponde la autoridad. Desgraciadamente dichas personas jamás han notado el dualismo de los relatos y se negarán proplablemente á verlo, aún cuando se lo enseñen. Es preciso verse uno comprometido en este género de conflicto para formarse idea de la tenacidad con que, inteligencias clarísimas para otro género de verdades, se resisten á la evidencia que contraría sus creencias.

La defensa de Tyndall no ha sido ménos vigorosa contra las acusaciones de la gerarquía católica irlandesa. Ha sacado á luz un documento curiosísimo fechado en Noviembre de 1873, que al parecer no fué objeto de la atencion de la prensa continental. Este documento es una memoria dirigida por setenta

estudiantes de la universidad católica irlandesa al *board* episcopal que la regia. En dicha memoria, redactada en términos respetuosos, pero enérgicos, los jóvenes se quejaban del programa de estudios acordado para los cursos universitarios, y particularmente de que en la facultad de ciencias no hubiera un solo profesor de física ó de ciencias naturales. ¿Qué llegaremos á ser, decían, viviendo en el seno de un mundo y de un siglo cuya ciencia cambia como por magia la fisonomía y la constitucion? ¿Acaso no sabe todo el mundo que de la física y de las ciencias naturales parten especialmente los más rudos ataques contra nuestra religion? Si no se fundan en nuestra universidad cátedras de este orden de conocimientos, muchos de nosotros verán su fe expuesta á serios peligros. El sentimiento de su inferioridad científica hace sufrir á la juventud irlandesa, y si nuestra universidad no puede darle la instruccion de que está sedienta, irá á buscarla en el colegio de la Trinidad ó en los colegios de la Reina, entre cuyos profesores de ciencia no hay un solo católico.

No sabemos si se satisfizo la peticion de estos estudiantes, pero en todo caso tenía razon Tyndall al citar dicho documento en prueba del deseo por saber que manifestaban los escolares, y en prueba tambien, añadiremos nosotros, de la gran confianza en la ciencia moderna que ha penetrado como contagio hasta en las filas ménos expuestas á ella. ¿Ha comprendido el episcopado irlandés la imprudencia cometida al abandonar la posición que por largo tiempo sostuvo, de acuerdo con nuestros antiguos galicanos, contra las pretensiones de infalibilidad del Vaticano? Al considerar la cuestion sólo por su lado teológico, no ha tenido en cuenta, por cierto, compromisos de otra naturaleza que estas pretensiones iban á multiplicar fatalmente. Verdad es que ha seguido la pendiente por la cual se desliza con tanta rapidez desde 1870, la mayoría de los obispos católicos, y preciso es confesar que la multitud ignorante nada ha hecho para que sientan el camino emprendido; pero ante un público ilustrado, instruido ó ávido de instruirse, ¿cuán insostenible es su posición! ¿Cuán fácil es, rebuscando los archivos de la Iglesia, hallar alguna de esas declaraciones pontificias que encadenan el ultramontanismo á los errores científicos más palpables! Tomando de entre muchos un ejemplo, la declaracion de la congregacion del *Index* de 5 de Marzo de 1616, bajo el pontificado de Paulo V, que prohibía y condenaba á nombre de la sede apostólica todo libro que enseñase el movimiento de la tierra alrededor del sol, podía, conforme á la teoría galicana de Bosuet, pasar por un error local momentáneo, que en nada perjudicaba á la verdad católica fijada por los Santos Padres y por los grandes Concilios; pero con el

sistema de la infalibilidad pontificia que prevaleció en el último concilio, ¿cómo puede resolverse un conflicto de esta clase, sin romper con el pontificado ó con la ciencia? Acaso los obispos irlandeses hubieran podido responder á sus estudiantes, deseosos en demasía de gustar los frutos del árbol de la ciencia, que no sabían lo que pedían, y que no dejándoles tocar á dicho fruto, eran tutores prudentes de su inocencia.

La acusacion más popular que se ha dirigido contra Tyndall, consiste en que había hecho la apología del materialismo, afirmando conclusiones que pasan por incompatibles con toda creencia religiosa. El lector tendrá curiosidad de saber el fundamento de esta acusacion y de qué modo ha procurado Tyndall rehabilitar su reputacion contra el cargo de materialismo filosófico.

Demócrito, dice, fué quien introdujo en el mundo griego la teoría del átomo infinito en número y cuyos choques, repulsiones y agregaciones dan lugar á la aparicion de cuanto existe. Los errores y los vacíos de su sistema, no pueden privarle de la gloria de haber fundado la ciencia independiente de la naturaleza. Toda física encuentra en él su origen. En cuanto al gran misterio vital, es decir, á la maravillosa adaptacion de una parte del organismo con las demas partes y á las condiciones de la vida, ni siquiera intentó Demócrito estudiarlas. Empedocles, más poeta que Demócrito, introdujo en el átomo el amor y el odio para explicar las afinidades y las repulsiones, y parece que presintió la doctrina de la supervivencia de los individuos «mejor dotados.» Epicuro perfeccionó la doctrina de Demócrito, aplicándola á la vida práctica; sus doctrinas favoritas fueron librar al hombre de las supersticiones que le tiranizan, adorar á los dioses en su suprema indiferencia, no por complacerles, puesto que no se cuidan de nosotros, sino porque esta contemplacion de los seres superiores eleva y purifica, y habitar al hombre, en nombre de su interes, bien comprendido, á buscar la verdadera felicidad en la templanza y la virtud. Tuvo la fortuna de conquistar, dos siglos despues de su muerte, á un gran poeta, Lucrecio, que alicató su doctrina con inmortales versos. Lucrecio canta en el lenguaje de los dioses el átomo indestructible, su caida eterna, su movimiento perpetuo, sus chóques infinitamente variados en lo infinito del espacio y del tiempo y la permanencia de las únicas combinaciones capaces de persistir y de reproducirse. ¡Qué admirable sentido de la verdad científica se encuentra ya en este poeta latino! Objétasele que nadie ha visto jamás los átomos, que son inmóviles en los cuerpos en estado estable, y que por tanto enseña quimeras ó cosas contradichas por la evidencia. Su poderosa imaginacion encuentra respuesta á todo. ¡Hablais de

la invisibilidad de mis átomos? ¿Por qué hemos de verlos mejor que vemos las partículas del aire en el huracan, que todo lo destroza á su paso, ó las del agua, cuando desaparecen de un lienzo mojado al secarse? Y en cuanto á la aparente inmovilidad de estos átomos, ¿no habeis visto jamás á lo léjos un rebaño de ovejas dibujándose como mancha gris en la verde ladera de una colina? ¡Cuántos corderillos no saltan y se revuelven en esa mancha que á vuestros ojos es uniforme é inerte! Preciso es confesar que esta última imágen es de gran vigor. La caída de los átomos en el espacio infinito, descrita por Lucrecio, fué lo que, de léjos, sugirió la hipótesis de la nebulosa de Kant y de Laplace. La ciencia de los griegos perseveraba en su grande obra. Euclides, Arquímedes, Hipparco y Ptolómeo, enriquecieron el espíritu humano con nuevas y grandiosas miras. La anatomía y la medicina racional comenzaban á salir de los limbos. La verdadera ciencia de observacion, de experiencia y de induccion, iba á aparecer. ¿Quién detiene este brillante vuelo? Dos hechos, opuesto uno á otro: primero la putrefaccion social del imperio romano, y en seguida la accion purificadora y saludable de la religion cristiana. Pero el remedio no es más favorable que el mal á las ciencias de la naturaleza. Desdeñando la vida terrestre, absorbidos por la discusion religiosa, habituados á buscar en los libros santos la regla de toda verdad, los cristianos de los primeros siglos estudian poco la naturaleza ó la estudian muy mal. ¡Cuán pobres son las razones en que pueden apoyarse un Agustín ó un Bonifacio para rechazar las hipótesis científicas hoy demostradas! La Edad Media cristiana, inclinándose ante la autoridad de la Iglesia, jamás tuvo idea de una ciencia independiente y racional. En vez de la física, cultivó la magia; en lugar de la química, hizo la alquimia; y á pretexto de astronomía, se aplicó á la astrología; es decir, que en vez de elaborar la ciencia, se entregó á las fantasías de una imaginacion sin regla y sin freno.

La influencia de Aristóteles era nefasta; el stagirita pudo mostrar grandes talentos en otros asuntos, pero como físico y naturalista ha dejado ejemplos deplorables, poniendo de continuo las palabras en lugar de las cosas, preconizando la induccion sin practicarla y deduciendo á cada instante lo particular de lo general, que es el camino opuesto al que debe seguirse. Pretendió determinar *à priori* el número de las especies animales, afirmó que los latidos del corazon sólo existían en el hombre, sostuvo que el lado izquierdo del cuerpo era ménos caliente que el lado derecho, que los hombres tenían más dientes que las mujeres, que existe un espacio vacío en la parte posterior del cráneo humano, etc.; groseros errores de que le hubiera preservado la observacion más elemental, y Aristóteles fué, sin em-

bargo, durante toda la Edad Media una autoridad científica sin apelacion.

Los árabes, y, sobre todo, los moros, fueron los que de nuevo encendieron la llama de la ciencia libre y metódica. ¿Qué sabio cristiano del mismo período puede oponerse á ese Alhazen que descubrió la refraccion atmosférica, la rarefaccion del aire á medida que se eleva, la teoría del centro de gravedad, las proporciones entre la rapidez de los cuerpos que caen y los espacios que recorren, que determinó con admirable exactitud las densidades relativas de los cuerpos, y que tenía ya idea clara de la atraccion capilar? ¿Qué principio superior le permitió adelantarse en este punto á toda su época? El que inspiraba á los grandes sabios griegos; el principio de la observacion, separada de toda preocupacion teológica.

Y tan cierto es esto, que la ciencia moderna no se funda seriamente hasta la época en que los espíritus se emancipan de la autoridad tradicional. El verdadero espíritu científico renace con Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Keplero, Bacon y Descartes. En pocos años se apropia y traspasa todo cuanto había podido legarle la antigüedad.

Pero fijese bien la atencion; en los tiempos modernos, como en los antiguos, la tendencia constante en todos estos trabajos científicos consiste en sustituir la conexion natural de los fenómenos sucesivos á la accion caprichosa de los dioses de la mitología pagana, á las intervenciones arbitrarias é incalculables del poder divino, tal y como lo concibe la ortodoxia cristiana. El milagro y la ciencia son enemigos natos. De la prolongacion de esta tendencia, antigua como la ciencia misma, nace en el fondo el esfuerzo cada vez más marcado de los naturalistas modernos hácia un concepto de las cosas que somete á la misma ley de continuidad el origen de las especies vegetales y animales. Inaugurado por de Maillet, vigorosamente desarrollado por Lamarck, reanudado y considerablemente enriquecido por el doctor Wells (1813), y en nuestros dias por Darwin, Wallace y Huxley, este punto de vista ha alcanzado ya conquistas innumerables, y el mismo Agassiz, que en un principio le fué tan contrario, dijo en Boston al autor del discurso de Belfast: «Confieso que no esperaba ver esa teoría recibida, como lo ha sido, por las mejores inteligencias de nuestra época. El éxito es más grande de lo que creía posible.» Dicha teoría no está en manera alguna aislada en la ciencia contemporánea, sino que tiene por paralela la gran generalizacion física conocida con el nombre de teoría de la conservacion de las fuerzas. Desde hace largo tiempo la ciencia afirmaba la indestructibilidad de la materia y todos los experimentos le daban la razon. Hoy podemos afirmar la misma indestructibilidad de la

fuerza. El reino animal, como el vegetal, revela tambien como el reino inorgánico este principio, cuyas consecuencias filosóficas apenas se entreven en estos momentos. La psicología ha tenido que renovarse por completo, porque en adelante está llamada á tomar en cuenta la masa de materiales suministrados por la física y la fisiología. Á Mr. Herbert Spencer corresponde el honor de haber procurado organizar la psicología sobre nuevas bases. Puede uno, por ejemplo, darse cuenta de la formacion distinta de cada uno de nuestros sentidos, partiendo de la sensibilidad vaga, esparcida por toda la superficie de los seres orgánicos inferiores, y mostrando que cada uno de estos sentidos distintos es una modificacion del sentido primordial y general del tacto (lo que Demócrito había ya adivinado), ó, si se quiere, la diferenciacion especial y local de un solo y mismo tejido. Un tejido sensible, modificado localmente de modo que la forma de sensibilidad varíe, produce muchos géneros de sensacion y muchos sentidos. De igual modo el instinto, con todas sus maravillas, es resultado de dos leyes; la que forma la comodidad y seguridad de los movimientos, que por el hábito han llegado á ser inconscientes, y la ley de la herencia, que trasmite á los descendientes aptitudes poseidas por sus ascendientes. La tesis, muy conocida hoy, de la propiedad *structural* arquitectónica de la fuerza molecular, es tambien una gran generalizacion de hechos observados. Conócense los fenómenos de la polaridad eléctrica y magnética; se ha podido extender el concepto á todas las moléculas, y darse cuenta, por este medio, de las formas fijas de los cristales; pasando despues al génesis de las plantas y al de los animales. Magníficas conquistas son éstas, destinadas á aumentarse indefinidamente; y mientras se limite á enumerarlas, el materialismo, ó lo que se quiera llamar con este nombre, tiene perfecto derecho á cantar victoria.

Pero á su vez no debe formarse ilusiones. Resulta tambien de todos estos descubrimientos, que la nocion vulgar de la materia es incompleta. Mientras esté limitada á lo que es hoy, el obispo Butler tendrá cien veces razon al declarar que, de tal materia, no pueden salir la vida ni el pensamiento. Es absolutamente indispensable que, por medio de una nocion más exacta de la materia, hagamos entrar en su definicion un elemento que contenga la potencia y la promesa de la vida: es preciso tambien reconocer con franqueza, que hasta ahora no se ha presentado prueba alguna experimental suficiente de una verdadera produccion de organismos vivos, sin vida organizada preexistente.

No olvidemos, en fin, que la misma revelacion científica conduce, como la psicología pura, á plantear la terrible cuestion de la realidad del mundo

exterior. A decir verdad, lo que cada cual de nosotros ve, sólo es cierta afección de su retina; lo que toca no es realmente sino una modificación sufrida por los nervios táctiles, y lo mismo sucede respecto á los demás sentidos. El mundo exterior no es, pues, para nosotros un hecho primero, es una conclusión, una inferencia cuya validez han podido disputar el idealismo de Berkeley y el escepticismo de Hume. Herbert Spencer propone como medio de solución la idea del símbolo ó del signo. Nuestros estados de conciencia son símbolos ó signos de una realidad exterior que los determina, pero cuya naturaleza real no podemos sondear. Por encima de ella está el sér misterioso, indefinible, el *yo* que siente é interpreta.

En resúmen, de cualquier manera que se tome y de cualquier punto de vista que se parta, llegamos fatalmente al misterio; pero en el círculo en que podemos ver claro no puede negarse que la evolución continua representa hoy el punto de convergencia hácia el que se dirigen todas nuestras ciencias y todos nuestros descubrimientos. Esta evidencia no destruye el hecho de que somos incapaces de pasar lógicamente del hombre *objeto* á el hombre *sujeto*, del sistema nervioso y de sus modificaciones á los fenómenos paralelos de la sensación y del pensamiento. Puede decirse que á nuestra inteligencia le falta la facultad que le sería necesaria para comprender la conexión entre los dos órdenes de hechos, con tanta más razón, cuánto que hay en el sér humano otras facultades que no se pueden explicar, como la inteligencia, por la acumulación de experiencias seculares. Existe el amor, anterior bajo todas sus formas á toda experiencia; existe el respeto, la admiración, el sentido de lo bello en la naturaleza y en el arte; existe el sentimiento religioso anterior á toda historia. Este tiene también derecho á una respuesta, y lo único que debemos siempre negarle es el derecho á tiranizar la inteligencia. No temamos á los que quisieran hoy encadenarnos en su nombre. Hemos dado y ganado nuestras batallas en la Edad Media, ¿por qué hemos de temer el resultado de una lucha con un adversario debilitado? Conviene sólo comprender que el mundo es bastante grande para que la inteligencia y el sentimiento, Newton y Shakspeare, Galileo y Rafael, Kant y Beethoven, tengan igualmente espacio á la luz del sol. Estas dos categorías no son opuestas, sino que se completan; no deben excluirse sino asociarse; y si el espíritu humano, poseído de mayor ambición, con la simpatía del peregrino que piensa en su lejana casa, se vuelve siempre hácia el misterio de donde ha salido, procurando concebirle de modo que constituya la unidad del pensamiento y de la fe, mientras lo haga sin intolerancia y sin fanatismo, mientras reconozca que, en este punto sobre todo, la inmu-

tabilidad de las nociones es una quimera, saludemos en tan sublime esfuerzo el más notable ejercicio de esa facultad creadora que podríamos distinguir con el nombre de facultad de conocer. «Aquí, dice al terminar Tyndall, llego á un asunto demasiado elevado, para atreverme á tratarlo por mí mismo; pero tened seguridad de que lo tratarán los más sublimes espíritus de nuestra raza, mucho tiempo después que vos y yo, como vapores matinales, hayamos desaparecido en el azul infinito del pasado.

IV.

¿Me engañaré acaso? Parece que podríamos aprovechar esta elocuente reivindicación del buen derecho de la ciencia asociada al reconocimiento imparcial del buen derecho paralelo de otras aptitudes del espíritu humano. En este lado del Canal de la Mancha también conocemos el conflicto entre la ciencia y la fe, desarrollándose de una manera menos pacífica y menos digna que en Inglaterra. En más de una ocasión nos hemos sentido humillados en nuestro orgullo nacional por las trabas que la estrechez religiosa lograba imponer á los libres movimientos del pensamiento científico. No faltan entre nosotros absolutistas que quisieran soldar las cadenas que hemos creído para siempre rotas por nuestros padres. Por otra parte, aconsejaré á ciertos materialistas del continente que tengan en cuenta este ejemplo de *fair play* dado por un sabio inglés, que no sólo es su igual en saber, sino que, además, les es evidentemente superior por su imparcialidad filosófica. Celebraríamos verles reconocer con él los límites infranqueados y acaso infranqueables, más allá de los cuales comienza decididamente un mundo donde ni el telescopio ni el microscopio sirven para nada, y que bien merece el trabajo de ocuparse de él. No exageremos nada. Es evidente que, por la naturaleza de sus estudios, por las afinidades de su espíritu, el profesor inglés se inclina más bien al materialismo y le conceda ventajas que podrían serle disputadas. ¿Explicar, por ejemplo, las maravillas del instinto animal por la acumulación hereditaria de aptitudes, no es reemplazar un misterio por otro, y traspasar arbitrariamente los datos de la observación? Nada hay más inverosímil que la hipótesis que hace derivar los actos instintivos de tanteos originalmente calculados y reflexionados. ¿Es posible figurarse á las primeras larvas, aplicándose á hilar su vestido de crisálida, repitiendo este trabajo millares de veces antes de lograr el éxito, ó á los primeros carnívoros estudiando los medios de descubrir y de atacar su presa? Poned la finalidad en los seres, si os negais á aplicársela del exterior; pero no esperéis desterrarla, ú os estrellareis contra la evidencia. Tyndall es un gran partidario de la teoría atómica; yo no quiero contradecirle: además,

hay hechos físicos y químicos que demuestran que debe tener una parte de verdad; pero nadie ha visto el átomo aislado, y ¿por ello se quiere que racionalmente el átomo, es decir, la partícula indivisible de materia, sea una contradicción *in adjecto*, contra la cual el pensamiento protesta como ante un contradictorio? Para sostener esta teoría con tanta seguridad sin detenerse un momento por la contradicción que le sirve de punto de partida, se necesita una complacencia de que no podemos ser comparticipes.

Dicho esto, es sumamente instructivo observar si en buena lógica y ante una apreciación tranquila de los hechos considerados con frecuencia como profundamente hostiles á toda filosofía espiritualista, los grandes principios que forman el honor, la dignidad y la esperanza de la vida humana, están seriamente amenazados por el desarrollo contemporáneo de las ciencias de la naturaleza. Aceptando por completo este desarrollo, tal y como se presenta á nuestra vista, podrá producir un sencillo cambio en el orden de nuestras concepciones espiritualistas, más bien que la volatilización á que se dice que están condenados.

Veamos un ejemplo convincente. ¿Cómo inducen á concebir la materia los últimos progresos de la física? Claro es que en la actualidad vivimos lejos de la incompleta idea que tenían de ella las escuelas antiguas. En la época de la gran guerra entre los espiritualistas y los materialistas, la materia era esa sustancia extensa, impenetrable, divisible, inerte por sí misma, absolutamente extraña á la vida y al pensamiento, que podemos ver y tocar, ó al menos figurárnosla visible y palpable. Por consecuencia, era muy natural el axioma de que la vida y el pensamiento son absolutamente distintos de la materia. Nació de aquí la pregunta que se hacía, en efecto, de cómo dos sustancias contradictorias se arreglaban para coexistir en los mismos individuos y ejercer una sobre otra multitud de acciones y de reacciones recíprocas. La historia de la filosofía registra las soluciones, á veces ingeniosas, á veces pueriles, insuficientes siempre que sucesivamente han sido propuestas desde las *causas ocasionales* hasta la *armonía preestablecida*. Se había llegado á renunciar á toda solución, y sin cuidarse de ello las ciencias naturales continuaban avanzando. Descubren que la vida y el pensamiento son menos exteriores á la materia de lo que se decía. Por un lado ascienden hasta las relaciones incontestables de la vida del cerebro y de la del alma; por otro llegan en las últimas profundidades de los reinos orgánicos á esos seres vivos que apenas difieren de una cristalización. Aunque falte más de un eslabón á la cadena, y aunque particularmente el fenómeno de la sensación, tan vago y tan oscuro

como es en su primera aparición, parece denotar alguna cosa absolutamente irreductible á cuanto le precede; no es menos cierto que se ha entrevisto la posibilidad, cada vez más probable, de pasar por una serie, sin interrupción, de la materia inanimada á la vida, y de la vida al espíritu. Pero apenas la ciencia ha contemplado esa imponente noción del desarrollo ascensional de los seres, y descubierto la imposibilidad de dejar la materia reducida á sus propiedades clásicas, siente la necesidad de ensanchar la definición de ésta, y encuentra que al fin la materia, la verdadera materia, debe contener, además de las propiedades arriba dichas, otras que hacen concebibles la aparición de la vida en determinado momento de la serie, en cuyo término está el espíritu. La ciencia de la naturaleza nos conduce á la monadología de Leibnitz, ó al menos á algo que se la aproxima. Hablando con franqueza, los antiguos espiritualistas no se equivocaban al negar la posibilidad de hacer salir la vida y el pensamiento de la materia, tal y como se les definía, y el materialismo sensato, ó más bien, el estudio independiente de la materia y de la naturaleza, les da la razón en cuanto al fondo, suponiendo en la materia misma una fuerza aún latente, aunque su acción pueda advertirse ya en la polaridad, fuerza distinta de las propiedades que en todas épocas han sido reconocidas á la materia, y que contiene en potencia la vida y el pensamiento destinados á crecer y ensancharse ulteriormente. Hay teologías y filosofías que jamás consentirán asimilarse este concepto, pero, prescindiendo de toda preocupación, la necesidad religiosa de unir la vida y el alma á la acción creadora, se encuentra tan bien satisfecha en la hipótesis, de que Dios ha creado, con y en la materia, el germen de la vida orgánica y de la vida espiritual, como en las antiguas representaciones míticas, donde se figura el Creador formando con piedra ó barro sucesivamente, y en día marcado, los primeros ejemplares de cada especie, é infundiendo en el último creado «una respiración de vida para darle un alma.» No intentaremos en unas cuantas líneas resolver cuestiones tan árduas, pero diremos con claridad, que, bajo el punto de vista de una filosofía verdaderamente espiritualista y religiosa, saludamos con más esperanza que temor esta reciente evolución del naturalismo, preguntándonos si por ventura asistiremos á la aurora de una fecunda conciliación de dos términos que por largo tiempo han sido opuestos.

Entiéndaseme bien; no espero ni deseo que los físicos y los naturalistas continúen esta conciliación con deliberado designio. No es este su propósito, y acaso lo comprometerían todo, procurando aplicarse á investigarlo. Su autoridad para nosotros, humildes críticos, filósofos circunspectos y modestos teó-

logos, reside por completo en el desinterés de su punto de vista. Desconfiamos tanto de los trabajos visiblemente dirigidos hacia la confirmación de las tradiciones consagradas, como de los estudios que demuestran el apasionado deseo de sorprenderlas en flagrante delito de error, y suplicamos á nuestros sabios que imiten el ejemplo de uno de sus ilustres colegas, muy conocido de los lectores de la *Revue des deux Mondes*, que según se dice, cuando se encierra en su laboratorio, donde se entrega á sus excelentes investigaciones, escribe en la puerta: «La señora Materia y el señor Espíritu,» y permanece sordo á cuantas tentativas se hacen para entrar en aquella habitación.

Pero cuando en plena libertad, marchando siempre adelante, renovando, ampliando, profundizando nuestro conocimiento de las cosas, la ciencia de la naturaleza nos revela fases del ser hasta entonces ignoradas, reclamando, haciendo prever su complemento psicológico y religioso, lejos de maldecirla, porque contraría algunos de nuestros hábitos mentales, le decimos desde el seno de nuestra oscuridad: ¡Ánimo, bella ciencia; adelante! Tenemos tal fe en la naturaleza, que no admitimos en ella la posibilidad de un engaño; y la naturaleza mentiría, sería una contradicción absoluta; es decir, la nada, si el mundo exterior, sondeado hasta en sus últimos arcanos, debiera destruir este mundo interior, este reino del alma, que no es ménos natural, ménos positivo que el otro. Dícese que es ménos evidente, pero esto depende por completo de la manera como se contemple. Los ojos, dice de un modo admirable el Evangelio, son las antorchas del cuerpo. Si nuestros ojos están sanos, marchamos en plena luz; si están atacados por la enfermedad, obramos á tientas; si están vacíos, ni siquiera vemos lo que deslumbra. Advertid que nada de esto importa al mismo sol, que continúa irradiando en la inmensidad. Procuraremos de igual manera que la luz que está en nosotros no se oscurezca. En una cierta elevación de espíritu es el mundo exterior quien palidece, y el mundo interior quien se colora de las tintas más vivas de la realidad. En el primer prefacio, unido por Tyndall á su famoso *Discurso*, hay una confesión tan noble como franca. «No es, dice, en las horas de claridad y de vigor cuando la doctrina del ateísmo se recomienda á mi espíritu: desde que el pensamiento vuelve más fuerte y más sano, esta doctrina se disuelve y desaparece siempre por no ofrecer ninguna solución al misterio que nos envuelve y del que nosotros mismos formamos parte.»

De igual manera el hombre de religión viril y sincera reconocerá sin trabajo, que sólo en horas de estrechez de miras y de desfallecimiento, censurará á la ciencia independiente, porque, á costa de algún menoscabo teológico, acrezca el tesoro de verdad

que la humanidad posee. Jamás lograremos bastante verdad, ni de un lado ni de otro. Lo que es preciso conceder es, que por la constitución misma, ó si se quiere á causa de la debilidad innata de nuestra inteligencia, nos es más difícil encontrar la fórmula racional de la realidad religiosa, que establecer las leyes de la realidad sensible ó estudiar sus ocultos resortes. ¿Es esta una desgracia? Lo ignoro. En todo caso, es una razón más para soportar las infinitas variedades del pensamiento humano cuando se aplica al objeto más sutil y venerable de su insaciable curiosidad. Podemos solamente añadir que, siendo sentida y reconocida la realidad de este objeto misterioso de la fe, estando probado el hecho de la afinidad no ménos misteriosa de nuestro ser con esta potencia augusta que envuelve y penetra toda la existencia, hay en este punto de llegada de las ciencias naturales, un punto de partida de una solidez incomparable para el espíritu humano, lanzándose hacia el infinito con la esperanza de sorprender algunos de sus secretos: hay hasta la garantía de que sus más nobles esperanzas, sus aspiraciones más puras, son una de las armonías de la verdad absoluta. Esto es ya suficiente para vivir y morir bien: ¿con qué derecho exigiremos más?

ALBERTO REVILLE.

(*Revue des deux Mondes*.)

EL TRASFORMISMO EN LINGÜÍSTICA.

A. SCHLEICHER. — MAX-MULLER. — WHITNEY. — JORGE DARWIN. — BATEMAN. — FERRIERE.

La aplicación de la teoría de Darwin al estudio de la lingüística y la confirmación de dicha teoría por los resultados de esta ciencia, las intentó por primera vez, y con feliz éxito, Augusto Schleicher. Este ilustre sabio, profesor de la universidad de Iena, que prematuramente arrebató la muerte á sus discípulos y á sus amigos en 1868, adivinó en cierto modo las leyes del transformismo en la glótica (como él decía) desde 1860, en que las puso de manifiesto en su libro *Die deutsche Sprache* (Stuttgart, editor Cotta). Conviene advertir que este libro, fechado en 1860, fué realmente escrito en 1859, como lo indica el prefacio terminado y firmado en 10 de Diciembre de este último año, y si se relaciona este hecho con el de que la obra de Darwin apareció en Inglaterra en Noviembre de 1859, todo el mundo convendrá en la exactitud de la afirmación de Schleicher, de que no conocía la doctrina de Darwin cuando publicó su libro sobre la lengua alemana (véase *Die Darwinsche Theorie und die Sprachwissenschaft*, p. 4, un folleto en 8.º, Weimar, editor H. Böhlau, 1863). En

este libro, y especialmente en las páginas 43 y 44, Schleicher se expresa sobre la «lucha por la existencia», sobre la desaparición de las formas antiguas, sobre la extensión y la gran diferenciación de una especie única en el dominio de la glótica, de tal modo, que concuerda admirablemente, salvo las frases, con las miras de Darwin.

Por ello, cuando Schleicher leyó el libro del gran naturalista inglés, se apresuró á adherirse á sus doctrinas y añadirle el apoyo y la ayuda de sus profundos conocimientos lingüísticos, como también la de un método tan precioso, tan científico y tan positivo. El folleto que acabamos de citar fué su acto de adhesión al trasformismo.

Preguntárase cómo y por qué el lingüista Schleicher se ocupaba tanto de la teoría de Darwin y la aplicaba á la ciencia del lenguaje. Responderemos con él, que «las lenguas son organismos naturales, que, independientes de la voluntad del hombre, nacen, crecen, se desarrollan, y después envejecen y mueren, según las leyes determinadas; á ellas, pues, les es propia también esta serie de fenómenos que se acostumbra á comprender bajo el nombre de *vida*. La glótica, la ciencia del lenguaje es, por tanto, una ciencia natural y un método completamente igual al de las demás ciencias naturales. Nada de esto se refiere á la filología que es una ciencia histórica» (*Die Darwinsche Theorie*, etc., páginas 6, 7). Schleicher gustaba mucho repetir una comparación deducida de sus estudios favoritos, ajenos á la lingüística. «El lingüista, decía, es un botánico, mientras que el filólogo es un horticultor.»

Esta manera de considerar la lingüística como una rama de la historia natural, ha dado motivo para que acusen á Schleicher de materialismo los metafísicos que no pueden decidirse á considerar al hombre sino fuera del universo, del cual, dígase lo que se quiera, forma una parte integrante.

Reconociendo con los naturalistas más eminentes de nuestra época, que «no hay materia sin espíritu (sin la necesidad que la determina), pero que, en cambio, tampoco hay espíritu sin materia», proclama muy alto, que este punto de vista, dista tanto á sus ojos del materialismo como del espiritualismo.

Max-Müller combate enérgicamente este orden de conceptos. En una serie de lecciones que han sido traducidas y publicadas en francés en *La Revue politique et littéraire* (2.ª serie, tercer año, números 11, 13, 15, 19 y 21), se pronuncia con energía contra la teoría de Darwin, particularmente respecto á la filosofía del lenguaje. No nos sorprende la intervención de Max-Müller, y sobre todo que intervenga en sentido retrógrado: el hombre que escribió una vez que la ciencia del lenguaje comenzó el día de Pentecostés, no puede admitir, al menos públicamente, que una doctrina exclusivamente cientí-

fica, sea una doctrina fundada en bases serias. Por ello invoca á todos los maestros de la metafísica alemana contra una doctrina tan eterodoxa, y afirma que «el lenguaje sin el pensamiento es tan imposible como el pensamiento sin el lenguaje» (pág. 246), olvidando que los animales no hablan, y que, sin embargo, piensan, puesto que juzgan y comparan; ataca particularmente á «una nueva escuela de filosofía que ha surgido en Inglaterra, que niega enérgicamente la exactitud del análisis de Kant, y retrocede á la posición que ocupaban en otros tiempos Locke y Hume, ... que trata la ley de causalidad sobre la cual descansa en verdad toda la cuestión de las condiciones *à priori*, del conocimiento, como lo hizo Hume, de pura ilusión producida por una repetición de fenómenos; é invoca á su vez el análisis psicológico, fortificado por las investigaciones fisiológicas, para probar que el espíritu sólo es producto pasajero y fortuito de la materia; que el cerebro segrega el pensamiento, como el hígado segrega la bilis. Sin física no hay pensamiento; tal es el grito de guerra triunfante de esta escuela (página 252),» añade Max-Müller con ironía. Esta misma ironía la emplea también cuando, procurando apartar del debate la inteligencia de los animales, asunto muy molesto para las personas de su partido filosófico, nos dice: «¿Qué sabemos de la vida interior del molusco? Podemos admitir que vive en espesas tinieblas; que sólo es una masa pulposa, pero también podemos admitir que, estando al abrigo de todos los desórdenes causados por las impresiones de los sentidos; al abrigo de todas las causas de error de que es presa el hombre, penetra acaso con mirada más segura y más profunda en la esencia de lo absoluto, y llega á una posesión más completa de las verdades eternas que la inteligencia humana (pág. 292).» No puede ser el estilo menos grave, ni son tales bromas tudescas el mejor recurso para combatir una doctrina seria, formalmente expuesta por sus partidarios.

A estos chistes, que, por lo ménos son de gusto dudoso, ha contestado muy bien un lingüista tan eminente como Max-Müller, el americano Whitney, que, sin embargo, no pertenece á la escuela trasformista. En un artículo reciente (*Darwinism and language in North American Review*) contesta M. Whitney con gran sensatez á la pretensión, por ejemplo, de apartar el estudio de los fenómenos intelectuales en los animales, á pretexto, unas veces de que no poseen el menor germen de facultades de abstracción ó de generalización, y otras, de que su espíritu es una *terra incognita*, cerrada por completo á toda ciencia positiva, que el espíritu de los demás hombres también es una *terra incognita* para nosotros, como el de los animales, que no estamos completamente seguros de que nuestro vecino ve la

hierba verde y el cielo azul como nosotros, y que podemos creer que un caballo, á la percepcion del verde, goza del gusto del agua ó del pan, y tiene conocimiento de él, absolutamente como los hombres podemos tenerlo. Verdad es que en el hombre el lenguaje es una prueba concluyente de este hecho, pero sería temerario afirmar que es la única. El sabio lingüista americano concede igualmente á los animales la facultad de abstraccion y de generalizacion. «Un perro conoce perfectamente lo que es el hombre, y no lo confunde jamás con otro sér: sabe lo que debe temer y esperar, etc.» Admite sólo, y esto es completamente exacto en nuestra opinion, que dicha facultad no difiere de la nuestra sino por su grado de desarrollo.

Max-Müller no puede ó no quiere figurarse conceptos sin una forma ó un cuerpo exteriores; por tanto, no hay pensamiento sin lenguaje, siendo éste tan indispensable á aquél, como la corteza á la naranja. Observaremos que, segun esta teoría, no puede concebirse un objeto desconocido hasta ahora y que no tenga nombre que lo designe. Para Whitney, por el contrario, no son los pensamientos complejos los que necesitan simbolos, y Jorge Darwin, hijo del célebre naturalista, añade (*On the origin of language* en la *Contemporary Review*) sobre este asunto, que los perros dudan, titubean, y, en definitiva, toman una determinacion cualquiera, sin que, con frecuencia, haya circunstancia alguna exterior determinante.

Aunque Whitney esté de acuerdo con Darwin en el hecho de que el hombre no debe su existencia, como hombre, al lenguaje, sino que el lenguaje le ha permitido llegar al más alto grado en la escala de la humanidad, no cree que se puedan descubrir jamás los intermediarios «entre la expresion completamente instintiva de los animales» y «la expresion convencional del hombre,» porque son esencialmente distintas. Sin embargo, una frase del sabio profesor de Yale College, hace presentir que no puede escapar á la ineludible necesidad de aceptar, quizá sin quererlo, la teoría trasformista; dice: «No hay saltús porque el lenguaje humano sea un desarrollo histórico de principios infinitesimales que pueden haber sido aún de menor importancia que el lenguaje instintivo de un animal.» Este concepto, bajo el punto de vista lingüístico, es análogo al de ciertos zoólogos, que ante las diferencias comparadas entre los monos antropomorfos y el hombre, dan á aquéllos y á éste un antepasado comun, colocado en un grado inferior entre los mamíferos. Confesamos que no nos admira esta manera de ver, y que, al dejarla en estado hipotético, no nos parece indemostrable científicamente.

Esta demostracion no cree Whitney poder hacerla jamás. Jorge Darwin cree, sin embargo, que

no es prudente decir que la ciencia no alcanzará á cualquier objeto determinado. «No comprendo, dice, los motivos en que funda Whitney su negativa de que sea posible un estado de transicion en la formacion del lenguaje. Su imaginacion sólo se fija en la imposibilidad de que naciese una lengua, aunque incompleta, de una generacion de monos antropóideos. Es probable que se hayan sucedido varias generaciones de casi hombres, sirviéndose de un pequeño vocabulario de gritos convencionales, y que estos gritos hayan sido cada vez más convencionales, alejándose de los sonidos ó de las exclamaciones que les sirvieron de origen. Muchas raíces se habrán multiplicado por escision, dando lugar á nuevos radicales que debian ser más tarde gradualmente separados de sus onomatopeyas originales. Creo que el origen iniciativo de las casi palabras (empleadas como verbos sustantivos ó adjetivos), ha sido en los primitivos tiempos una especie de mnemotecnica de sus significaciones. Evidentemente su sistema de signos verbales hará mayor impresion en la memoria, cuanto mayor relacion tenga con los objetos que representa. Un niño aprende y recuerda la palabra *bee*, aplicada al borrego, y llama á la vaca *mu*, mucho ántes de conservar en su memoria los nombres de borrego y vaca; empieza llamando á los perros *ua-ua*, y continúa empleando estas palabras aún despues que pronuncia las sílabas de una manera completamente convencional. ¿No ha sucedido algo parecido á esto en la infancia de las razas humanas?» Nos parece más que probable, pues lo mismo que los fenómenos de embriogenia producen sólidos argumentos á la teoría trasformista, el estudio de la infancia del individuo-hombre arroja gran luz sobre la infancia, hoy tan lejana, de la humanidad.

Por lo demas, el estudio fisiológico de la facultad del lenguaje, tiende á confirmar esta manera de ver.

El doctor Onimus se expresa en los siguientes términos, que por cierto no contradicen la teoría darwinica en lingüística, en un trabajo interesante sobre aquella materia (*Journal d'anatomie et de physiologie*, 1873).

«En cuanto al lenguaje, donde creemos que se encuentran todos los caracteres de los actos reflejos de educacion, los movimientos de conjunto se forman poco á poco y por medio de una educacion larga y difícil; este procedimiento es absolutamente igual al que se emplea en los movimientos de conjunto menos complicados, como por ejemplo, el andar. Los primeros actos son limitados, sencillos y no coordinados; poco á poco despues los movimientos que se hacen con frecuencia, llegan á ser regulares y más extensos, y cuando cada movimiento simple se hace con seguridad, empiezan los movimientos

de conjunto, primero indecisos, y despues coordinados.»

Ahora bien, M. Onimus presenta en la misma Memoria curiosos ejemplos de estos actos reflejos de educacion: «tal es, dice, en los palomos el acto de colocar la cabeza debajo del ala cuando duermen, como tambien el de alisarse las plumas. Jamás hemos observado estos hechos en los palomos jóvenes, á los que hemos quitado el cerebro, pero en los viejos subsiste este hábito despues de la operacion.»

Parece, pues, que el lenguaje articulado no es una facultad innata y completa en el hombre, sino algo adquirido con ayuda del tiempo y de numerosas evoluciones. Así lo dice tambien en brillante estilo un redactor del *Westminster Review*, Octubre de 1874, de cuyo artículo reproduciremos los siguientes ingeniosos y sensatos párrafos:

«La adquisicion del lenguaje racional ha dado, sin duda alguna, al espíritu humano una superioridad gigantesca sobre el de cualquier otro animal; pero esta superioridad ha sido adquirida gradualmente con la importante ayuda de otras adquisiciones, hechas con mayor ó menor extension dentro del período conocido de nuestra historia. Tales son las artes de escribir y de imprimir, el empleo del vapor y de la electricidad, y aún el álgebra y la construccion de caminos, pues todo ello ha contribuido á convertir la sagacidad excepcional de ciertas individualidades en propiedad comun de toda la especie y en su duradera herencia.

»Se pregunta frecuentemente por qué, si el hombre era en su origen un animal mudo, otras criaturas han permanecido tambien largo tiempo mudas, especialmente los perros, los monos, los elefantes, á quienes se atribuyen rudimentos de razon como el antepasado supuesto y sin lenguaje de la humanidad. Para contestar, preciso es acordarse de que en comparacion de toda la carrera del hombre en la tierra, el tiempo durante el cual ha poseido el lenguaje articulado, puede ser corto período, y los otros animales pueden estar en un período posterior á nosotros, y mucho más corto de lo que somos capaces de suponer.

»De aquí á veinte mil años, cuando los perros hayan aprendido á hablar, pero no á imprimir, los filósofos ortodoxos de entónces sostendrán que la fortaleza de la prensa «permanece inexpugnable en la frontera que separa al reino animal del hombre» y «llamarán hecho palpable el de que, prescindiendo de que puedan ó no imprimir los animales; ninguno ha *impreso* todavía.»

»En la privacion del poder generalizador presentan justamente las lenguas de los salvajes, como lo ha demostrado muy bien el doctor Farrar (*Chapters on language*, pág. 177) apoyándose en numerosos autores, esa particularidad en que se apoya el profesor

Max-Müller en lo relativo á las facultades mentales de los animales inferiores. Entre la tribu que primero adquirió alguna débil forma del lenguaje humano, y las tribus antropóideas sus vecinas, no hay razon para suponer que existió grande diferencia en el principio, pero esta diferencia, por pequeña que fuese, ha aumentado rápidamente en dos sentidos: en primer lugar, el sér humano ha debido perfeccionar y aplicar á usos variados su nueva facultad, miéntras que el mono, no teniendo el poder de comenzar, no ha debido hacer ningun progreso. En seguida la tribu humana, con sus medios perfeccionados de combinacion, estuvo casi segura de eliminar á sus inferiores inmediatos, que eran sus más terribles adversarios en la lucha por la existencia. Podía y le interesaba obrar así, y no debe dudarse de este resultado en un período primitivo de civilizacion, cuando vemos en nuestros días á razas humanas ménos cultas desaparecer de continuo ante la marea anglo-sajona, ensanchando así cada vez más la distancia entre el hombre y los animales.» Tales son las humorísticas consideraciones de un escritor que no tributa á la opinion del profesor de Oxford esa admiracion mística de las gentes que no quieren apartarse de la ortodoxia.

Pero, terminando esta larga digresion, diremos que Whitney considera las observaciones de Darwin sobre el lenguaje, como perfectamente serias y científicas, miéntras que Max-Müller no quiere reconocer en éste sino el mérito «de haber limpiado las caballerizas de Augias de infinidad de especies; de haber explicado por la accion lenta de causas naturales, muchos fenómenos que parecían exigir primero una intervencion creadora directa y especial (pág. 293).» Pero en lo que concierne á la aplicacion de la teoría trasformista, á la ciencia del lenguaje, su oposicion es absoluta. Advertiremos que en estas lecciones recientes no se hace mencion de las obras de Schleicher. Sólo cita su nombre dos veces, y ambas es á propósito de una broma de éste sobre la importancia de la facultad del lenguaje articulado, como característica humana. Max-Müller reconoce, como todo el mundo, que esta facultad constituye «una barrera que ningun animal ha podido nunca traspasar (pág. 341)» é invoca el nombre de Schleicher para apoyar esta verdad incontrovertible. «Si un cerdo, decía un dia riendo el gran lingüista, me dijera alguna vez: *yo soy cerdo: cesaría ipso facto* de serlo.» Hé aquí todo el papel que desempeña en la celebrada argumentacion del profesor de Oxford, un sabio que, entre los lingüistas, sólo puede compararse al célebre Bopp. Acaso sus folletos y sus libros molestaban mucho á Max-Müller, y éste ha encontrado más fácil guardar silencio acerca de ellos que refutar sus poderosas é inquebrantables conclusiones.

Es, en efecto, imposible poner en duda esta definición de Schleicher: «El lenguaje es la manifestación constante por el oído, de la actividad de un conjunto de condiciones materiales en la conformación del cerebro y de los órganos de la palabra con sus nervios, sus huesos, sus músculos, etc. El principio material del lenguaje y de sus variedades, no está, sin duda, demostrado todavía; pero tampoco se ha emprendido, que yo sepa, un exámen comparado de los órganos de la palabra en los pueblos de diversos idiomas. Posible es y acaso verosímil, que una investigación de esta naturaleza no conduzca á ningun resultado satisfactorio, sin embargo, subsistirá la convicción de la existencia, de las condiciones corporales y materiales del lenguaje.» (*Veber die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen*, pág. 8; un folleto en 12.º, Weimar, H Böhlau, editor, 1865.) «...No creo necesario refutar la teoría de que el lenguaje sea invención de un individuo, ó que del exterior haya sido comunicado al hombre. El lenguaje que, en el corto período de la vida histórica actual del hombre, lo vemos sufriendo una modificación incesante, es para nosotros el producto de una creación continua, conforme á ciertas leyes vitales, cuyos rasgos esenciales podemos exponer. A la concepción del principio material del lenguaje en la constitución del cuerpo humano, se liga la del nacimiento y desarrollo del lenguaje en concurrencia con el desarrollo del cerebro y de los órganos de la palabra.» (Idem. páginas 20 y 21.)

Estas últimas palabras son terminantes por lo que hace á la introducción de la glótica en las ciencias naturales. Schleicher no desconocía los trabajos del profesor Broca acerca de la tercera circunvolución frontal del hemisferio izquierdo del cerebro, considerado como sitio de la facultad del lenguaje articulado. A causa de este hecho, los lingüistas se ven obligados á referirse á la anatomía comparada y á la antropología. No ignoramos que en este terreno se han hecho pocos progresos sensibles; pero en un folleto del doctor Bateman, (*Darwinism tested by recent researches in Language*, publicaciones del Victoria Institute, Londres, 1872,) encontramos un fragmento de la carta de Carlos Vogt, que tiene verdadera importancia para nuestro asunto.

«El cerebro del hombre y de los monos, especialmente de los monos antropomorfos (orangutanes, chimpancés, gorilas), están contruidos absolutamente bajo el mismo tipo, tipo *sui generis*, y que está caracterizado, entre otras cosas, por la cisura de Sylvio y por la manera como está formada y cubierta la isla de Reil; así, pues, en el hombre, la tercera circunvolución frontal está extraordinariamente desarrollada, mientras que las circunvoluciones trasversales y centrales son de mucha menor

importancia. En el mono, la tercera circunvolución frontal sólo está ligeramente desarrollada, mientras que las trasversales y centrales son muy considerables. Para demostrar la influencia que todo esto tiene sobre el sitio del órgano del lenguaje, me referiré á los microcéfalos, que no hablan: aprenden á repetir algunas palabras como los loros, pero carecen de lenguaje articulado. Ahora bien, los microcéfalos tienen conformada la tercera circunvolución frontal de la misma manera que los monos, son, pues, monos en lo relativo á la parte anterior de su cerebro. Conforme á ciertas observaciones hechas, parece que el lenguaje debe colocarse en la parte que está desarrollada en el hombre, y restringida en los microcéfalos y el mono: la anatomía comparada viene, pues, en apoyo de la doctrina de M. Broca.»

Esto es cuanto podemos tomar del folleto de M. Bateman, cuya argumentación contra el darwinismo es de una deplorable debilidad, y que cree haberlo refutado proclamando que el lenguaje establece entre el hombre y los animales una barrera considerable, una diferencia, no sólo de *grado*, sino de *especie*. Prescindiendo de la definición de la palabra *especie* diremos que esto es lo que se llama forzar una puerta abierta; porque, en la actualidad, la mayoría de los lingüistas y de los antropólogos, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan, reconocen en la facultad del lenguaje *articulado*, la única ó al menos la principal característica humana.

Insistimos en la palabra *articulado* porque, según nosotros, es indudable que los animales tienen un lenguaje, si por lenguaje se entiende una serie de sonidos y de reuniones de sonidos más ó menos regular, correspondiente á sensaciones diversas y definidas y sirviendo de medio de comunicación entre los individuos de la misma *raza* ó de la misma *especie*, como se quiera, y pueden presentarse numerosos ejemplos en apoyo de este aserto. Citaremos sólo, tomándolo del artículo del *Westminster Review*, el que concierne á los papiones. «Los jefes tienen un modo especial de comunicar los mandatos á sus subordinados, y éstos á sus inferiores, que consiste en un lenguaje de entonaciones curiosamente variado: ladridos breves y agudos, gruñidos prolongados, gritos súbitos, una jerga precipitada y hasta gestos y actitudes del cuerpo, son empleados con singular rapidez y repetidos de unos á otros.» Dígase después de esto si los animales, siquiera sea virtual ó rudimentariamente, no poseen la facultad del lenguaje.

Además, hay una suposición de orden científico, que há sido objeto de una comunicación de M. Mortillet al congreso de la *Asociación francesa para los adelantamientos de las ciencias*, en Lyon en 1873, y que consiste en considerar el sér que hizo estallar el sílex por medio del fuego en la época terciaria, no

como un hombre, sino como el *precursor del hombre*, sér de transición entre el pitecoidé antepasado del hombre y los antropomorfos. M. Hovelacque ha venido también, á nombre de la lingüística, refiriéndose á las miras de Schleicher sobre este punto, á confirmar la probabilidad de esta idea luminosa, y dice: «si no se puede admitir que la facultad del lenguaje la adquirió el hombre un día cualquiera, sin causa, sin origen, *ex nihilo*, necesitamos creer en consecuencia, que es fruto de un desarrollo progresivo, producto de un perfeccionamiento orgánico.» Esta es la teoría trasformista, y podemos suponer que el sér que se servía de los sílex tallados de Thenay, si no tenía aún lenguaje *articulado*, comunicaba sus impresiones, sus sentimientos, digámoslo con valor, sus pensamientos, por medio de un sistema glótico imperfecto, pero superior al de los animales superiores de la fauna de nuestros días.

Lo que jamás ha destruido nadie son las leyes absolutamente darwinicas que presiden la vida de las diversas lenguas de la humanidad. Si es imposible reducir todas las lenguas madres que conocemos á una lengua primitiva, si aún esta hipótesis es inverosímil, indemostrable y aún combatida por hechos positivos; si, por el contrario, es más que probable que en el período prehistórico y antiguo en muchos millones de años, el número de lenguas primitivas fué considerable y no disminuyó en una proporción enorme, sino á consecuencia de una acción innegable de la selección natural (como sucede aún en nuestros días con los innumerables dialectos de las tribus americanas), las lenguas que subsistieron han pasado por diferentes grados de transformación perfectamente conocidos y estudiados. Un lingüista serio y verdaderamente digno de este nombre, tiene que reconocer que el primer estado del lenguaje articulado que comprobamos es el estado monosilábico (el del chino, del anamita, del siames, del birman), en el cual cada palabra es una radical invariable, y donde no hay, fonéticamente diferenciadas, ni conjugación ni declinación. Este estado se transforma por una progresión en lo que se llama el sistema aglutinativo ó polisintético (el del mayor número de las lenguas del universo, de las lenguas uralo-altaiás, dravidianas, del vasco, de los idiomas africanos de la familia Bantou, de los dialectos americanos, etc.), donde á las raíces invariables se unen las prefijas y afijas que varían el sentido: llega, por fin el tercero y último estado; el de las lenguas llamadas *de flexión* (tales como las lenguas arias y las semíticas), donde las radicales y las prefijas y afijas se incorporan, se modifican fonéticamente y forman así las palabras. ¿No es esta transformación conforme á la doctrina de Darwin? Y los fisiólogos del lenguaje que en un idioma de fle-

xión descubren rastros de polisintetismo antiguo y de monosilabismo más antiguo todavía, traen á esta teoría una poderosa y magistral confirmación.

La historia más reciente de las diversas familias de lenguas viene en apoyo de este punto de vista. De cada lengua madre, de cada *rama de lenguas*, como dice Schleicher (*Sprachsippe*), salen numerosas ramas, formando así, al ménos para las lenguas mejor estudiadas hasta ahora (el grupo ario y el semítico), verdaderos árboles genealógicos, perfectamente reales y concordantes con los que los darwinistas intentan restablecer para las especies animales.

Apoyándose tan sólo en un estudio, todavía incompleto por su parte, de los dialectos recientes indo-europeos, y particularmente romanos, M. Emilio Ferriere (*Le Darwinisme*, 1 vol. en 18.º, Paris, Germer Bailliere, editor, 1872) ha podido formar un cuadro concordante y comparativo de las leyes del trasformismo y de las leyes de la glótica (páginas 138-139), que habrá sido sólidamente confirmado por el estudio de las publicaciones de Schleicher.

Max-Müller no ha querido dejar sin respuesta la crítica de Jorge Darwin acerca de sus teorías, y la *Contemporary Review* contiene, en su número correspondiente á Enero de 1875, una apología completa de este lingüista. ¿Es concluyente y victoriosa? En nuestra opinión, no. Los puntos principales sobre los cuales gira la argumentación del profesor de Oxford, son que Witney no es trasformista, lo que nadie ignora, y que emplea, sobre todo respecto á su colega germano inglés, un tono acerbo y poco parlamentario, lo cual es asunto de ellos. Pero cuando Max-Müller entra en lo grave de la cuestión, llega á presentar argumentos de esta fuerza: «Si Darwin, el jóven, cree que el espíritu del hombre no es idéntico en sustancia con el del animal; si admite un vacío en alguna parte de la escala ascendente ó descendente que va del protogeno, ó primer engendrado, al primer hombre, nos veremos conducidos á la antigua conclusión de que el hombre fué formado de polvo del sol, y Dios le infundió por las narices el aliento de vida, convirtiéndole en criatura viviente.» Consideraciones tan extra-científicas, pero tan ortodoxas, son dignas del que no ha tenido reparo en escribir que la ciencia del lenguaje se constituyó cuando las lenguas de fuego descendieron sobre los apóstoles reunidos.

Después añade: «Hé aquí mi respuesta. Creo que los animales sólo adquieren sus conocimientos por los sentidos, porque puedo aplicarles un doble criterio y demostrar, que si les cierro los ojos no pueden ver. Creo que no poseen la facultad de abstracción y de generalización, porque no conozco prueba bastante para demostrar que pueden abstraer y generalizar.»

En verdad es admirable que un hombre á quien no puede negarse gran inteligencia, emplee tales razonamientos. Quisiéramos saber por qué otros medios que por los sentidos puede adquirir el hombre conocimientos; y en cuanto á lo que concierne á la facultad de abstraer y de generalizar, negada á los animales, preciso es no haberles observado para aventurar tal enormidad. Un perro á quien su amo ha castigado con un palo, se aparta muchas veces de cuantos individuos llevan palo; luego generaliza; el antiguo proverbio de que gato escaldado del agua fria huye, ha nacido de una observacion secular que implica en el gato la facultad de generalizacion, puesto que teme el agua en general, sea fria ó caliente.

Volviendo á la gran cuestion de doctrina que nos ocupa, subsiste y domina hasta ahora un hecho cual es, que en las controversias trasformistas, y en particular las que atañen á la ciencia del lenguaje, las observaciones de Schleicher no han sido victoriosamente combatidas. Max-Müller ha preferido entrar por el terreno de la filosofia general, á colocarse frente á Schleicher en el dominio absolutamente científico; por tanto, el apoyo que el gran lingüista de Iena ha dado á la tesis trasformista, no ha sido hasta ahora disminuido, y por nuestra parte creemos que esto no sucederá.

GIRARD DE RIALLE.

(Revue Scientifique.)

ENID.

IDILIO DE A. TENNYSON,

PUESTO EN VERSO CASTELLANO

POR

LOPE GISBERT.

XII.

Rayando apénas la tercer aurora
Despues del dia de la caza, estaba
Despierta Enid, pensando, si era ensueño
O realidad lo que confuso iba
Vagando por su mente: una promesa
Hecha á Gerant la tarde precedente.

Gerant, aquella tarde, el doble empeño
Mostrado había de partir al otro
Dia sin falta y no partir sin ella.
Ella, estrechada, le ofreció al siguiente
Dia partir con él, y ante la Reina

Presentarse, y por ella amadrinada,
Su esposa ser. Y al despertar, pensando
En sus promesas, con angustia vuelve
La vista á su vestido, y más que nunca
Le encuentra mal. Como al mediar Noviembre
Otras parecen las que verdes fueron
Hojas de Octubre; así sus pobres ropas
Le parecen más pobres desde el dia
Que vió á Gerant; y las miraba, y grande
Terror sentía de la corte, de esa
Cosa brillante y vaga, donde tantos
Ojos curiosos á fijarse en ella
Iban y á motejarla; y en su angustia
Así á su pobre corazon hablaba:
—«¡Cómo á este noble príncipe, en sus trajes
Y en su obrar tan espléndido, que acaba
De devolvernos el Condado, puedo
Con estas ropas afrentar!... ¡Si breve
Tiempo pudiera detenerse! Siendo
Tan bien quisto en la corte, aunque al tercero
Dia volver haya ofrecido, fácil
Debiera serle detenerse un dia
O dos no más: que sin descanso, á riesgo
De quedar ciega, me cosiera un traje
Ménos indigno de él...»

Y recordaba

Con lástima el vestido de joyante
Seda y flores de oro, que su madre
Le regalaba y admiraban juntas
Tres años ántes, la terrible noche
En que Edirn con sus gentes entró á saco
El castillo, y huyeron, y salvaron
Sólo sus joyas, que vendidas luégo,
Les fueron dando pan: y el vengativo
Edirn despues los obligó á quedarse
En aquellas ruinas... ¡Oh, si hubiera
Gerant venido en el dichoso tiempo
De su esplendor!... ¡cuando ella recorría
El frondoso jardin, y las doradas
Carpas veía en el estanque!... Y una
Había parda, manchada, sin el brillo
De sus hermanas; y pensaba que ella
Era esta carpa, con su humilde traje,
Entre las damas de la corte...; y mientras
Así pensaba, se quedó dormida.
Y continuó durmiendo la penosa
Comparacion, soñando que era ella
En efecto la carpa, y que el estanque
Estaba rodeado de preciosos
Cuadros de flores, y que hermosas aves
De brillante plumaje revolaban

* Véase el núm. 60, página 256.

Entre finos alambres; y bañado
 Todo estaba del sol; y caballeros
 Y damas con riquísimos vestidos
 De hilo de plata, discurrendo iban
 Graves cosas de corte; y los hijuelos
 Del Rey, vestidos de oro, por las puertas
 Miraban, ó saltando los pretilos,
 Iban llegando; y ella se escondía
 A la sombra del agua, imaginando
 «¡No me verán!...» Y en esto, majestuosa
 La Reina entraba; y alrededor sus hijos,
 Con sus vestidos de oro, iban clamando:
 —«Sólo carpas doradas en el agua
 Queremos ver... Llamad al jardinero
 Y que mate á esa negra...»

Y al instante,
 El jadinero acude, y con su dura
 Mano la coge.

A la impresion despierta,
 Toda angustiada del pesado sueño,
 Enid; y era su madre que en el hombro
 La tocaba llamándola, y traía
 En sus manos un traje de lujosa
 Tela y hechura, que dejó en el lecho,
 Diciendo así con voz alegre:—«Mira,
 Hija mia, cuán frescos y cuán bellos
 Son los colores: los del sol parecen
 Cuando su rayo en el cristal se rompe...
 ¿Y por qué no? sin estrenar se encuentra:
 Mirale bien, ¿no le conoces?»

Mira
 Fijamente el vestido, Enid, y duda
 Si sueña aún, y en sueños su deseo
 Ve realizado, ó si en verdad presente
 Tiene el vestido. Mas, de pronto, cobra
 Su acuerdo y le conoce:—«¡Ah, madre!
 [exclama;
 Vuestro regalo es; el que me hicisteis
 En la terrible noche en que perdida
 Nuestra fortuna fué!...»

—«Sí, le responde
 Su madre; mi regalo, que de nuevo
 En la feliz mañana de este dia
 Te presento otra vez. Ayer vencido
 Edirn, mandó que donde quier se hallasen
 Restos de aquel saqueo, á nuestra casa
 Volvieran sin demora: y por la tarde,
 Mientras tú dulcemente platicabas
 Con tu Príncipe, un hombre arrepentido
 De su mal proceder, ó deseoso
 De granjearse nuestra gracia, vino

Y me traje el vestido; y yo no quise
 Decirte nada entónces, esperando
 A darte, al despertar, esta sorpresa.
 ¿Verdad que te es muy grata? Sí...; yo misma
 Traía, á mi pesar, mi desdoroso
 Traje, como tú el tuyo; y aún tu padre;
 ¡Y eso que es tan sufrido!... ¡Ay, hija mia!
 Tu padre me sacó de una abundante
 Casa, y yo traje un rico ajuar, con damas,
 Y pajes, y escudero, y mayordomo,
 Y el lebrél, y el alcon, cuanto conviene
 Al decoro de un noble; y á otra llena
 Casa me llevó él; y así vivimos
 Hasta que ese malvado Edirn, de un golpe
 Nos sumió en la miseria. Y nuestras ropas
 Contaban nuestro mal... Mas hoy, por gracia
 Del cielo, empiezan venturosos dias;
 Y tú debes vestirme como cumple
 A tu edad, y á tu clase, y á la novia
 De un Príncipe tan grande. Y nada importa
 Que por la más hermosa hayas ganado
 Ayer el prez; ni que la más hermosa
 De las hermosas él te llame. Siempre
 El adorno realza la hermosura;
 Y es preciso evitar que alguna altiva
 Dama en la corte, al ver tu desaliño,
 Diga riendo:—¿En qué rincon del mundo
 Habrá cogido el Príncipe á ese pobre
 Pardillo?... Y al oirlo, avergonzada
 Te sientas... y él se sienta...; que sería
 Mucho peor. Pero yo sé que yendo
 Bien vestida mi hija, no hay quien pueda
 Con ella competir, aun cuando busquen
 Por campo y por ciudad, como en los dias
 De aquella reina Esther...»

Y aquí rendida
 De tanto hablar calló; y Enid la oía
 Resplandeciendo alegre; y poco á poco,
 Como la blanca matutina estrella,
 De entre la nieve sale y á esconderse
 Va tras dorada nube; así del lecho
 Virginal salió ella, y en las ropas
 De oro bordadas se envolvió, ayudada
 De la vista y las manos de su ansiosa
 Madre, sin más espejo. Y concluido
 El tocado, la madre envanecida
 La hace volverse en derredor; y afirma
 No haber visto en su vida gentileza
 Ni gracia igual: que no era tan hermosa
 La doncella del cuento, la encantada
 Que hizo Guidion de flores: ni la esposa

De Cassivlan, por cuyo amor el César
De Roma la primera vez el suelo
De Bretaña invadió: «pero nosotros
Le rechazamos; y hora nos invade
Este gallardo Príncipe, y nosotros
En vez de rechazarle, le acogemos
Con los brazos abiertos... Y ¡oh qué pena!
Por tan malos caminos á la corte
Yo no te puedo acompañar... Tu padre
Tendrá el gusto de ir..., y yo me quedo
Aquí pensando en mi gentil princesa,
Bella como ninguna y aún más bella
Con mi regalo...»

XIII.

En tanto que gozosas
Así las dos hablaban, despertando
Gerant salió de la espaciosa sala
Y busca al Conde y por Enid pregunta.
Y le cuenta Iniol lo del vestido
Y el gozo de la madre y que podría
Dignamente vestida presentarse
Su hija á la Reina al fin.

—«¡Ah, Conde! dice
Gerant entónces: por mi amor os pido,
Sin daros más razon, que á vuestra hija
De mi parte rogueis, que sólo vista
Para venir conmigo aquellas ropas
Con que la ví al llegar.»

Subió á la estancia
De su hija Iniol, con el difícil
Mensaje, que cayó como la nube
De verano en la miés.

Enid confusa
Sin comprender la causa, ni atreverse
A mirar á su madre, silenciosa
Se despojó al instante del soberbio
Traje, bordado en oro, y las ajadas
Ropas vistió que el Príncipe quería;
Y así bajó. Y el Príncipe tal gozo
Tuvo de verla con su humilde traje
Y la miró con tan vehementes ojos,
Que ella bajó los suyos sonrojada;
Y él aún más se alegró: pero observando
Enojada á la madre, cariñoso
Le tomó entrambas manos y le dijo:
—«¡Madre, mi nueva madre! no os enoje
Tal peticion en vuestro nuevo hijo.
Sabed que nuestra Reina, cuando ha poco,
Partí de Caerleon, con un acento

Que no puede olvidarse, me ofrecía
Adornar con sus manos á la esposa
Que yo eligiera y como el sol ponerla
Radiante. Y yo, cuando encontré el lucero,
De vuestra Enid, al verle oscurecido
Juré, que si lograba por ventura
Hacerla mia, nuestra amable Reina
Y sólo nuestra Reina, á mi adorada
Haría salir de su humildad, cual sale
De entre nubes el sol. Y blando lazo
Así pensé que entre la Reina y ella
De amistad se formara. Y ¿dónde amiga
Mejor pudiera Enid hallar?... Al mismo
Tiempo pensaba yo: fué una sorpresa
Mi entrada en esta casa: y aunque prueba
Pudiera ser de amor, su bondadosa
Presencia en el palenque, bien podría
Haberlo tambien sido de su humilde,
Filial obediencia; ó transitorio
Efecto del contraste que en su mente,
Acostumbrada á este salon sombrío,
Pudiera hacer mi brillantez, la idea
En ella despertando de la corte
Y sus dañosas glorias: y pensaba
Yo de qué modo probaría gran fuerza
De voluntad en ella, unida á grande.
Amor á mí, que á una palabra mia,
Sin más razon, gustosa renunciara
La gala y el adorno, siempre caros
A la mujer; más caros aún á ella
Por nuevos; y si nuevos no, mil veces
Más caros todavía, por haberlos
Disfrutado y perdido. Y yo pensaba
Que si hallaba tal prueba, bien podía
Confiar en su fe, como en inmóvil
Roca batida en vano por las olas.
Y hora me gozo en ver mi profecía
Felizmente cumplida. ¡Nunca sombra
Se interpondrá de duda entre nosotros!
Perdonad, pues, mi peticion extraña;
Y os ofrezco la enmienda para un dia
En que dichosa vuestra hija traiga
Vuestro rico presente y en sus brazos,
Tal vez... ¿quién sabe?... otro regalo tierno
De Dios, que aprenda balbuciente á daros
Las gracias...»

Dijo: y sonreía y lloraba
La madre á un mismo tiempo, y luégo trajo
Un ancho manto y envolvió á su hija;
La abrazó y la besó.

Y ellos partieron.

XIV.

En aquella mañana, á la gigante
Torre, de dó se alcanzan á lo léjos.
De Sommerset las plácidas colinas
Y más allá, en la mar, las blancas velas,
Esperando á Gerant, subido había
Tres veces ya la Reina; y no miraba
Ni al mar ni á las colinas, sino al valle
Del Usk, por la pradera, hasta que al cabo
Le ve venir; y entónces á las puertas
Baja y abraza á Enid y bien venida
La llama; y como novia del invicto
Gerant la honra; y como el sol la viste
Para sus bodas, y en alegres fiestas
Pasó la Côte la semana entera;
Porque Gerant y Enid, por la bendita
Mano del Santo Dúbric, con gran pompa
Ante los Reyes, desposados fueron.

XV.

Sucedió todo esto en la pasada
Pascua florida: las usadas ropas
Guardó Enid cuidadosa, recordando
Que eran las que traía la primera
Vez que vió á su Gerant; y cómo al verse
Tan mal vestida, se paró confusa,
Y cómo de ella él se prendó y al punto
La pidió por su esposa y á la Côte
Quiso llevarla con el mismo traje.
Por eso, en aquel dia, cuando airado
El le dijo:—«Vestíos al momento
Vuestro peor vestido.»—ella, obediente,
Le sacó y se le puso.

¡Oh, miserable
Ciega raza de Adan! ¡Cuántos se forjan
Voluntaria desdicha, trastrocando
El mal y el bien; lo cierto y lo inseguro!
Y á tientas van por la vislumbre escasa
De este mundo inferior, hasta que llegan
A aquel de luz, donde nos ven y vemos,
Como somos y son! Así acontece
A Gerant aquel dia.

Quando entrambos
A caballo estuvieron, por lo mismo
Que á su mujer apasionado amaba,
Sintiendo en lo profundo de su pecho
Rugir la tempestad, pensó que en truenos
Sobre aquella cabeza tan querida
Iba á estallar, si hablaba; y dominando

Su emocion y su ira:—«¡No á mi lado!
Delante ireis, le dice, bien delante;
Buen espacio delante... Y os ordeno
Como señor y esposo, que ni una
Sola palabra me digais, suceda
Lo que suceda.»

Con temblor de muerte
Fué á andar Enid: mas se detuvo oyendo
Que gritaba Gerant:—«Afeminado
Como dicen que estoy, me abriré paso
Con hierro y no con oro.»

Y tal diciendo
Arranca de su cinto la escarcela,
Y la tira furioso á su escudero.
Salió de ella un arroyo de lucientes
Monedas de oro, que esparcidas iban
Rodando por el mármol. Le miraba
Pasmado el escudero... y él añade:
—«¡Al desierto!»

Y Enid, guiando, toma
La vereda que él dice; y andan y andan,
Y pasan de sus Marcas, y por selvas,
Plagadas de bandidos, y por charcos
Fétidos, cuya orilla solitaria
Sólo garzas frecuentan, van pasando.

Iban de prisa al pronto; pero luégo
Fueron templando el paso. Quien los viera
Caminar lentamente y con los rostros
Pálidos y abatidos, el tormento
Que iban sufriendo comprendiera al punto.

El meditaba:—«¡Cielos! ¡tanto y tanto
Amor y esmero como en ella puse
Para ganarle el corazon y hacerla
Siempre fiel!...»—Y al llegar aquí se ahoga
Su pensamiento, cual la voz se ahoga
Con ira subitánea...

Ella, olvidando
Su propia pena y su ignorada falta,
La que de pronto tan cruel, tan duro
A su adorado esposo vuelto había,
Para con ella, suplicaba al Cielo
Con ferviente oracion que le librara
A él de todo mal.

En esto, agudo
Suena el silbo del cárabo, al del hombre
Tan parecido, y tiembla toda y mira
El llano alrededor, y una emboscada
Teme en cada ramblar...

Y luégo piensa:
—«Y si falté, Dios mio, que mi falta
Me diga al ménos, y á sus piés rendida

Le pediré perdon, y con tu gracia
Me enmendaré!»

XVI.

Seis horas de este modo
Iban marchando, cuando Enid descubre
Tras de una peña ocultos, á caballo,
Completamente armados, con siniestra
Catadura tres hombres, y uno de ellos
A los otros decía:—«Ved qué ganso
Nos viene por allí, con la cabeza
Colgando y con las trazas de una zorra
Corrida por los perros... A matarle
Vamos y serán nuestros su caballo,
Y su armadura, y esa linda moza
Que va con él.»

Y Enid pensó:—«Si un poco
Me detuviera yo, decir podría
A mi señor lo que de oír acabo
A esos malsines. Y si extremo fuera
Su enojo y me matara, yo gustosa
Moriré de su mano, si le evito
Afrenta ó mal.»

Y así pensando vuelve,
Y arrostrando con tímida firmeza
El fiero ceño de Gerant, le dice:
—«Señor, ocultos tras de aquella peña
Hay tres bandidos que diciendo estaban
Que saldrán á mataros, y que suyos
Harán vuestro caballo y vuestras armas
Y la dama que va con vos.»

Con grande
Ira Gerant responde:—«¿Os he mandado
Que me aviseis ó que calleis? Tan sólo
Una cosa os mandé, y obedecerme
No habeis podido!... ¡A un lado, pues! Y
[ahora

Miradme bien. Ya deseéis mi triunfo,
Ya mi derrota: ya anheleis mi muerte,
Ya tembleis por mi vida, vereis pronto
Que no ha menguado la pujanza mia.»

Pálida y temblorosa, Enid se aparta,
Y los tres malhechores acometen
A Gerant, y él embiste al que venía
En medio, y con su lanza le atraviesa
Sacando por la espalda más de un codo
del asta, al tiempo mismo que en su escudo
Y en su peto por uno y otro lado
Las lanzas de los otros como vidrio
Se quebraron. Desnuda la terrible

Espada, y á la diestra y la siniestra
De un golpe y otro golpe, muertos tiende
A los dos; y saltando del caballo,
Como el montero que desuella al lobo
Que acaba de matar, así despoja
A los tres de sus armas; y cogiendo
Los tres caballos, asegura encima
De cada uno su armadura; y ata
Juntas todas las riendas y á la humilde
Enid las da, diciéndole:—«Llevadlos
Por delante á los tres.» Y ella en camino
Poniéndose de nuevo, los hacía
Andar.

XVII.

Su altivo esposo ya más cerca
La seguía que ántes; en su pecho
Comenzaba á luchar contra el enojo
La compasion, mirando á aquella débil,
Preciosa criatura, á quien amaba
Con ciega adoracion, pugnar sumisa
Conduciendo las bestias... Bien quisiera
Hablarle y desahogar el ansia fiera
Que en su encelado corazon rugía;
Pero era tal su enojo, que más fácil
Encontraba matarla, que decirle:
—«¡Espérate!»—y el rostro aquel divino
Sonrojar declarándole sus celos.
Y así sufriendo, los minutos eran
Siglos para su angustia. Pero había
Pasado apenas el escaso tiempo
Que tarda el Usk, en Caerleon, cumplida
La pleamar, para seguir corriendo
Otra vez hácia abajo, cuando observa
Enid en la espesura, que avanzados
Delante de la selva hácia el camino,
Hacían unos robles, tres jinetes
Completamente armados. Uno de ellos
Que era muy alto y mucho más membrudo
Que su señor, la hizo temblar, diciendo:
—«¿No veis? ¡Sobebia presa! Tres caballos
Y tres arneses, y al cuidado de ellos
Una preciosa dama!»

—«No va sola,
Dice el segundo: viene un caballero
Un poco atrás.»

—«Una gallina clueca
Parece alicaído,» con gran risa
Dice el tercero, y el jayan añade:
—«Esperémosle aquí: pues sólo es uno;

Y embistámosle al paso.»

Enid pensaba:
—«Voy á esperar á mi señor: yo debo
Advertirle el peligro: fatigado
Está del anterior combate y ellos
Unidos y á traicion van á embestirle.
Me ha mandado callar; pero no es dable
Obedecerle en daño suyo: debo
Hablarle aunque me mate. ¿Qué me importa
Perder mi vida, si la suya salvo?»
Le esperó, pues, y con firmeza humilde:
—«¿Me dais licencia para hablar?» le dijo.
Y él le responde:—«Os la tomáis vos misma,
Pues hablándome estais.»—Y añade ella:
—«Señor, ahí en el bosque á tres bandidos
He visto ocultos, á caballo, armados
De todas armas, corpulento el uno
Muy más que vos; y dicen que á embestiros
Van al pasar.»

—«¿Y qué me importa, exclama
Con cólera Gerant: si ciento fueran
Jayanes todos y á la vez los ciento
Vinieran sobre mí, no me causaran
La pesadumbre que me dais faltando.
A mi mandato vos. Poneos á un lado;
Y si muero, elegid al más valiente.»
Se puso á un lado Enid: mirar no osaba
La desigual pelea: suspendidos
El aliento y el alma, fervorosa
Oraba en su interior.

Aquel membrudo
Que más ella temía, fué el primero
En embestir al Príncipe: le asesta
La lanza al yelmo; pero yerra el golpe
Y sufre en cambio el bote irresistible
Con que Gerant, pasándole la cota
Después del coselete, en pleno pecho
Le clava entero el hierro de su lanza,
Que en la anterior contienda resentida,
Se rompe corta. Con fracaso viene
Al suelo el malhechor. Así hemos visto
De un promontorio deslizarse un día
Maciza peña, en que de seco arbusto
Se alzaba el tronco: á la tendida playa
Con fragor fué á parar; y encima enhiesto
Se alzaba el tronco aún. Tal parecía
Con el trozo del asta el derribado
Corpulento bandido.

Sus cobardes
Compañeros que un poco atras venían
A dar sobre Gerant, viendo á su jefe

Muerto, vuelven las grupas.—Su terrible
Grito de guerra el Príncipe lanzando,
El que en lo recio de un combate hacía
Arder á sus soldados y la sangre
Helaba al enemigo, en pos se arroja
Y los alcanza y sin piedad la muerte
Les da que merecían y que dado
Ellos á más de un inocente habrían.

Pié á tierra echó después; y lo primero
La mejor lanza elige: luego arranca
Las armaduras á los muertos; hace
De cada una un lio, asegurando
Una en cada caballo, y después ata
Juntas todas las riendas y á la humilde
Enid las da, diciéndole:—«Llevadlos
Por delante á los seis.»

Y ella en camino
Poniéndose de nuevo los hacía
Andar.

XVIII.

Más cerca aún Gerant la sigue.
Ella con el cuidado que le impone
El cuidar de las bestias y sus cargas,
Un tanto de su pena se distrajo.
Y los caballos, nobles animales,
De buena sangre, aunque por mucho tiempo,
Dieron en malas manos, cuando oyeron
Aquella voz tan firme y tan suave,
Alegres las orejas aguzaron
Y dóciles marchaban.

De este modo
La selva atravesaron y al abierto
Campo salen y ven una pequeña
Torreada ciudad, sobre un fragoso
Cerro y un prado al pié, como una joya
En los salvajes yermos engarzado.
Y en el prado segando segadores
Y por una vereda descendía
De la ciudad un mozo de agradable
Aspecto que á los hombres que segaban
Traía la comida.

El caballero
Se había acercado á Enid que por momentos
Iba palideciendo: y cuando el mozo
Llegó, le dijo el Príncipe:—«Esta dama
Viene desfallecida; dale, amigo
Un poco de comer.»

«Con mil amores,
El mancebo responde; y aunque vale

Muy poco lo que traigo, vos pudierais
Comer tambien, señor.»

Así diciendo,
Pone en tierra la cesta. Bajan ellos
De sus caballos y pacer los dejan,
Y en la márgen se sientan del camino
Y comen. Toma Enid algun bocado
Sin apetito, por respeto sólo
A su señor: pero Gerant devora
Cuanto tiene delante, y asombrado
Se queda él mismo, cuando ve vacía
La cesta; y dice sonriendo al mozo:
—«Todo me lo he comido: toma en pago
Una armadura y un caballo; escoge
Los que te gusten más.»

Loco de gozo
Dice el mancebo:—«¡Me pagais cien veces,
Señor, lo poco que os habeis comido!»
—«Tanto mejor, el Príncipe replica.»
Y el mozo añade:—«Lo rebibo sólo
Como un regalo; y ahora miéntas ambos
Un poco reposais aquí á la sombra,
Voy á traer comida para estos
Segadores del Conde; porque todos
Son del Conde, y el campo es todo suyo,
Y yo suyo tambien: y he de decirle
Cuán bueno y grande sois; pues cuando pasa
Por sus tierras, un hombre de esos grandes,
Siempre quiere saberlo. Y á su casa
Que es un palacio, os llevará al instante
Y os dará de comer mejor comida.»
—«No necesito yo mejor comida,
Le replica Gerant, ni más á gusto
He comido jamás que ahora, dejando
Sin comer á tus gentes. Ni al palacio
Quiero ir de tu Conde: de palacios
Sé yo demas, ¡por Dios! Y si tu Conde
Me quiere ver, que venga. Sólo quiero
Que por favor nos busques una estancia,
Donde pasar la noche, y un establo
Para esos animales: y á tu vuelta
Dame razon.»

—«Al punto voy, responde
El mozo contentísimo, y al irse
Va con la frente erguida, y va pensando
Que es casi un caballero; porque tiene
Caballo y armas; y al llegar al cerro
La senda toma y desaparece en ella.

XIX.

Al perderle Gerant de vista, vuelve
Los ojos y ve á Enid, allí á par suyo
Silenciosa y humilde. A la memoria
Le acude el falso juicio que algun dia
Él se formó, de que jamás la duda
Turbaría su paz. Hondo suspiro
Da, y se vuelve á mirar á los robustos
Hombres que estaban sin comer segando;
Y se entretiene en ver cómo relucen
Moviéndose en el sol, las curvas hoces;
Y á poco, sin sentirlo, de la siesta
Con el calor, se queda dormitando.

La triste Enid recuerda el derruido
Palacio en que vivió pobre y dichosa,
Y el áspero graznar de la corneja
En torno de su torre; y va cogiendo
Hebras largas de yerba y sin pensarlo,
Hace sortijas que á su dedo ajusta
Alrededor de su nupcial anillo;
Y luego las deshace, y luego coge
Mas yerbas y hace más...; y así hasta tanto
Que vuelve el jóven y á Gerant anuncia
Que hay posada dispuesta.

XX.

Quando en ella
Se encontraron, Gerant dijo á su esposa
—«Podeis, si lo quereis, llamar que os sirvan»
—«Gracias, Señor,» Enid responde; y quedan
Cada cual á un extremo de la estancia,
Como dos mudos, ó cual dos de aquellas
Figuras de salvajes que á los lados
Se ponen de un escudo y que de frente
Miran en el espacio sin volverse
Nunca la una á la otra.

En tan penosa
Situacion se encontraban, cuando suenan
Ruidosas voces en la calle y pasos
Que van llegando á prisa. Se levanta
Gerant á ver lo que es, cuando de pronto
Cede la puerta á vigoroso empuje
Y se abre y choca en la pared de espaldas,
Dando paso á un tropel de brava gente
Y al Señor del lugar, hombre de rostro
Femenilmente bello, aunque de vicios
Descolorido. Era Limours, el Conde,
De Enid pariente, que su mano un tiempo
Amante pretendió. La bien venida

Da á Gerant y le aprieta las dos manos
 Con marcial cortesía: pero en tanto
 Ve de reojo, triste y apartada
 En un ángulo á Enid y la conoce,
 Aunque nada le dice.

Llama á gritos
 Gerant al posadero y que prepare
 Un gran festin para obsequiar al Conde
 Le ordena y que él á sus amigos junte
 Y les dé de beber y que se alegren
 En honor de su Conde, y luego añade:
 «No os cureis de la costa: es cuenta mia.»

XXI.

Traen vinos y manjares: come y bebe
 Tanto Limours, que el vino descompone
 Su cerebro y su lengua y habla y rie
 Y cuenta libres cuentos; é ingenioso
 Juega con las palabras. Chispeante,
 Como cristal tallado en cien facetas,
 Era su hablar, cuando abundante vino
 Y amigos licenciosos le encendían.

Bebidos, como él, le celebraban
 Todos sus seguidores y áun el mismo
 Gerant de oírle se rió y al cabo
 Bebió demas: y al conocerlo el Conde
 —«¿Me dais licencia para ir, le dice,
 A saludar á aquella damisela,
 Que allí tan sola está?»—«Teneis licencia,
 De hablarle y de que os hable; pues conmigo
 No puede hablar», el Príncipe responde.
 Se levanta Limours y va pisando
 Con el cuidado del que cruza un puente
 Y teme que se rompa. A donde estaba
 La triste Enid se acerca: apasionado
 La mira y la saluda respetuoso
 Y con sumisa voz así le dice:
 —«Enid, estrella de mi errante vida;
 Enid, mi amor primero, mi amor solo;
 Enid, vos, cuya pérdida me hizo
 Malo y feroz. ¿A dónde vais? ¿qué es esto?
 ¡Estais en mi poder! ¡En poder mio
 Estais al fin!... ¡Mas no temais! Si fiero
 Y malo soy, conservo allá en mi pecho
 Un resto de bondad y de dulzura.
 Cuando un tiempo se opuso rigoroso
 A mi amor vuestro padre, imaginaba
 Yo que me amabais vos. Si tuvé entónces
 Tamaña dicha, confesadlo ahora:
 Decidme que es verdad. Pues qué ¿la vida

Que hago por vos, acaso no merece
 Algo de vos? ¿No me debeis vos nada?
 ¡Ah, sí! ¡Toda os debeis á mi cariño!...
 Y entre él y vos algo sucede. Os veo
 Sin hablar y apartados. Y él os lleva
 Sin servidumbre alguna, sin un paje,
 Ni una doncella. ¿Acaso ya no os ama
 Como ántes os amaba? Vuestro enojo,
 Lo veo con placer, no es el enojo
 De dos amantes; porque el más amante
 Puede reñir con la mujer que adora;
 Pero nunca ponerla ante las gentes
 En ludibrio y escarnio. Vuestras ropas
 Mudos testigos son de que ese hombre
 No os ama ya: perdió vuestra hermosura.
 Su gracia para él; y en vano, en vano
 Pretendereis de nuevo su cariño;
 Porque el amor del hombre, si se pierde,
 No se cobra jamás. Volved en cambio
 Los ojos hácia mí; miradme; el mismo
 Soy para vos...: no el mismo, más amante
 Me hallais que me dejasteis... Una sola
 Palabra pronunciad... Vedle... sin armas
 Cercado de mis gentes..., á una seña...;
 Mas no temais, ni con zozobra tanta
 Pálida me mereis: nada de sangre.
 No es más honda que un foso mi malicia,
 Ni más fuerte que un muro: bien guardado
 Por uno y otro él, no podrá nunca
 Volvernos á estorbar. Una palabra
 Una sola decid... Mas si os enojo,
 No la digais... Pero ¡por Dios! que usando
 De todo mi poder... ¡Ah, perdonadme!
 Aún me enloquece la locura aquella
 Que trastornó mi mente, al separarme
 De vos...»

Y así diciendo enternecido,
 Le temblaba la voz y se arrasaron
 De lágrimas sus ojos.

Asustada

Enid de aquellos ojos, que entre el llanto
 Con el fuego del vino relucían,
 Apeló á aquella astucia, que inocente
 La mujer ó culpable siempre adopta
 Para escapar de peligroso trance,
 Y dijo:—«Conde, si me amais; si es cierto
 Cuanto vos me decís, callad ahora
 Y mañana venid y mal su grado
 De su poder sacadme. Pero ahora
 Dejadme reposar que estoy rendida
 A punto de morir.»

Al despedirse,
Tanto se inclina el amoroso Conde
Que con la pluma de su gorra el suelo
Casi llega á barrer.

Las buenas noches
Con recia voz le da Gerant; y el Conde
Al irse va diciendo á sus secuaces
Que Enid le quiere y siempre le ha querido
Y que le quiere á él solo y ni un ardite
Su marido le importa.

XXII.

Cuando sola
Se vió Enid con Gerant, piensa si debe.
Romper ó no romper en tanto apuro
El prescrito silencio, y miéntras duda
Ve dormido á Gerant en hondo sueño
Y no osa despertarle: pero llega
Y se inclina sobre él, y ve con tierno
Gozo su cuerpo sin lesion alguna
Y que respira sosegado.

Entónces
Solícita recoge las dispersas
Piezas de su armadura y á la mano
Las coloca en buen orden, por si fueran
De pronto necesarias. Se recuesta
Despues y se adormece; pero tanta
Era su pena y su cansancio tanto,
Que fué su sueño pesadilla horrible.
Ora soñaba que una zarza asía
Por no caer en hondo precipicio;
Que cedía la zarza; que al profundo
Ella iba al fin... y despertaba al golpe.
Despues soñó que el Conde con su turba
Llegaba ya á la puerta y le decía:
«¡Ven... ven!» sonando una trompeta aguda.
Y era el canto del gallo que anunciaba
El alba que rompía y que un vislumbre
Extraño haciendo en el arnés, asusta
A Enid por los ensueños perturbada.
Va ella á ver lo que es, y sin pensarlo
Derriba el casco, que crujiendo cae
Y despierta á Gerant.

En pié de un salto
Él se pone y la mira. Entónces ella
Rompe el mandato y tímida refiere
Cuanto Limours le dijo y lo que ella
Dijo para librarse, y sólo omite.
Lo de que él no la ama; y con tan dulces
Breves palabras y en tan blando tonc

De haber hablado se excusó, que áun cuando
Gerant pensó si el llanto aquel de Devon
Sería por Limours, sólo un profundo
Suspiro dió, diciendo:—«¡Vuelven loco
Y hacen traidor estas bonitas caras
Al hombre! Vé al instante y dile al huésped
Que ensille los caballos.»

Va corriendo
La humilde Enid por la dormida casa,
Aquí y allí llamando, hasta que logra
Al huésped despertar. Vuelve á su esposo
Y aunque él nada le dice, ella le sirve
Como escudero y del arnés las piezas
Le da y le abrocha.

Cuando estuvo armado
Buscó el Príncipe al huésped y le dijo:
—«Amigo, nuestra cuenta.»—Y sin oírle
Ni aguardar á saber á cuánto monta,
Añade:—«En pago os doy cinco caballos
Y otros tantos arneses.»

Siente el huésped
Inusitado escrúpulo y exclama:
—«¡Señor, si apenas el valor de uno
Habré gastado yo!»—«¡Mejor!» replica
Gerant y á Enid:—«Anda, le dice,
Y cuida de no hablar: sea lo que quiera
Lo que oigas, veas ó te imagines, siempre
Debes callar y obedecer callando.»
—«Señor, Enid responde, ya conozco
Vuestro mandato y quiero obedecerle;
Pero yendo delante, oigo las fieras
Amenazas y veo los peligros
Que vos ni oís ni veis, y el no avisaros
Me es del todo imposible. Obedeceros
Procuraré no obstante.»

—«Sí, replica
Gerant; obedeced y la excesiva
Prudencia reprimid; pues vuestro esposo
No es un débil juglar: es todo un hombre,
Con armas y con brazos que defienden
Vuestra vida y la suya; y con oídos
Que os oyen áun en sueños, y con ojos
Que os ven do quiera que os hallais.»

Diciendo.

Estas palabras, la miró tan fijo
Como el astuto gorrion las trampas
Que le arma el cazador. Ella turbada
Baja los ojos y en rubor se enciende,
Y él lo observa y no queda satisfecho.

XXIII.

Van siguiendo un camino ancho y trillado
Que del condado de Limours conduce
Al vasto territorio de otro Conde
Llamado Doorm, por sobrenombre «el Toro.»
Iba delante Enid; una vez vuelve
La mirada hácia atrás, y ve más cerca,
Mucho más que la víspera, á su esposo,
Y dulce alivio á su congoja siente.
Pero bien pronto pasa su consuelo;
Pues él le hace entender con brusca seña
Que ande y que no mire.

Le obedece
Enid y sigue sin mirar andando.

A poco, cuando el sol en el rocío
Aún bañaba sus rayos, á su espalda
Oye un tropel de gentes y caballos
Y se vuelve, y ve polvo, y entre el polvo
Brillar hierros de lanzas. Quiere entónces
No faltar al mandato de su esposo
Y sin embargo darle aviso, viendo
Que él sigue andando cual si nada oyera:
Y se le ocurre levantar el dedo
Y señalar atrás la polvareda.
Se alegra el obstinado al ver cumplida
La letra de su órden, y el caballo
Revolviendo, se pára.

Como un rayo
De tempestuosa nube desprendido,
Sobre un negro corcel tendido á escape,
Llega Limours furioso y descompuesto,
Y dando un grito, al Príncipe acomete.
Gerant cierra con él y de la silla
Le saca en alto, y por la grupa á un trecho
Del largo de su lanza y de su brazo,
Le arroja ó muerto ó atontado. Embiste
Al que viene despues y le derriba
De un sólo bote y luégo á la canalla
Tan rápido acomete y con tal brío
Que aquellos viles espantados huyen.

Como en claro remanso se desliza
Sobre la arena descuidada banda
De pececillos, y si un hombre acaso
En el borde sentado, al sol extiende
La mano y da la sombra allá en el fondo,
Se dispersa la banda y ni una aleta
Se ve bullir; así se dispersaron
Del Conde los alegres camaradas,
Dejándole en el campo. ¡Tan segura
Es la amistad que se cimenta en vicios!

Tambien de los caidos los corceles
Bufando huyeron con la turba. Al verlos
Gerant se sonrió, como sonríe
Breve rayo de sol en la tormenta;
Y dijo:—«¡Todos, hombres y caballos...
Todos huyeron! desleales todos!...
No nos quedó ni un casco. Si ayer pude,
Como un hombre de bien pagar mi costa
Con armas y caballos ¿qué haré ahora?
No he de robar, ni he de pedir limosna.
Decid vos qué os parece. ¿Desnudamos
A vuestro amante de su arnés? ¿Podría
Vuestro buen palafren sufrir su peso?
¿No?... ¡Bien! ¡Sois tan mirada! pues ahora
Pedid á Dios que pronto tropecemos
Con jinetes de Doorm; que tambien quiero
Ser como vos, mirado y comedido.»
Dijo y calló; y Enid llena de angustia,
Nada responde y el camino sigue.

LOPE GISBERT.

(Continuará.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad de antropología de Berlin.

LOS NEGROS DEL CAMEROON.

Los habitantes de este país hablan la lengua da-ualla. No son los habitantes primitivos, pues ha habido diferentes y frecuentes invasiones, siendo rechazadas algunas. Así es como los *Vouris* llegaron al rio Cameroon, y rechazados por sus habitantes se establecieron en el país llamado hoy de Vourí, como igualmente los Jabjangs y los Abos se establecieron en las orillas del Abo, afluente del Cameroon. Todos estos pueblos se componen de gente vigorosa y bien formada, y en este concepto se distinguen mucho de los Bakwiris. Sin embargo, las facciones son feas, especialmente en las mujeres. El color de la piel es moreno café claro, lo cual los distingue de los pueblos situados más al Norte, como los de la Costa de Oro. los Gás, los Aquapims y los Akims. El color claro de la piel se encuentra tambien entre los pueblos del Sur, como los Gabons, mientras que los Quaquas, que habitan entre el Cameroon y el Gabon, tienen la piel mucho más oscura. El tatuaje de la piel está poco extendido, y se limita al cuerpo cuando lo usan; en la cara nunca. Hay, sin embargo, ciertos adornos característicos de los diferentes pueblos. Los Gás, por ejemplo, se pintan tres rayas por encima de las mejillas.

Las instituciones políticas de estos pueblos se basan sobre la *vendetta*, que está en uso entre ellos.

La manera que tienen de hacer la guerra no puede ser más primitiva; apenas saben manejar las armas de fuego.

Los negros del Cameroon viven en chozas hechas con ramas. Son muy hábiles en hacer figuras de madera y de marfil. Las fiestas son muy raras, y los instrumentos de música muy imperfectos. Las costumbres y los alimentos son muy sencillos. Hay pocas enfermedades; pero he observado una que destruía familias enteras y que no era la sífilis, aunque se le parecía bastante. Los Cameroons, sometidos á un régimen muy defectuoso, llegan rara vez á una edad avanzada.

DR. REICHENOW.

Academia de Ciencias de Paris.

26 ABRIL 1875.

M. Faye ha dirigido á M. Fremy, presidente de la Academia, una carta relativa á las ascensiones á grande altura. La muerte de Sivel y Crocé-Spinelli ha sugerido á M. Faye la idea de que la Academia de Ciencias establezca la prohibicion moral de que se hagan ascensiones exageradas.

«Por las ascensiones de M. Glaisher—dice M. Faye,—se ha podido comprender hace tiempo que la naturaleza impone un limite bien marcado á nuestra audacia, el limite del primer desmayo ó desvanecimiento, resultado fatal de una ascension rápida, á que nuestros órganos no pueden prepararse ni acostumbrarse poco á poco á la influencia de la disminucion de presion. ¿Qué importan las mayores precauciones contra el frio ó la rarefacion del oxígeno, si el desmayo empieza por deprimir y concluye por anular las facultades del observador? ¿Y qué pueden valer, cuando no se poseen todas las facultades, las observaciones delicadas que se pretenden hacer en las altas regiones sobre la constitucion de la atmósfera? Sacrificando su vida los aeronautas del *Cénil*, han puesto en evidencia la verdad de que no debe intentarse pasar de un limite que debe fijarse entre 7.000 y 8.000 metros de altura. Propongo, pues, á la Academia que fije la altura máxima á que deben elevarse los globos en 7.000 metros, lo cual basta para todas las observaciones é investigaciones que puedan ser convenientes en el estado actual de la ciencia.»

—M. G. Tissandier presenta una Memoria sobre la ascension á gran altura del *Cénil*, y despues de leerla habla de los incidentes que produjeron la muerte de Sivel y Crocé-Spinelli. Todos los puntos que trató en su Memoria y en su discurso, están condensados en la descripcion del mismo autor, que publicamos en el número anterior de la REVISTA EUROPEA.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Nuevos alfabetos telegráficos.

M. Mimault, empleado de telégrafos en Francia, ha tenido una idea muy feliz que abrirá nuevos horizontes á la telegrafia práctica, aumentando en una proporcion considerable el número de despachos transmitidos en un tiempo dado, con un aparato más sencillo que el de Morse. Partiendo de propiedades no observadas hasta hoy, de la progresion geométrica 1, 2, 4, 8, 16, 32, etc., y del desarrollo de $(1+1)^m$, M. Mimault llega á constituir nuevos alfabetos ó nuevas series de signos representativos de las letras del alfabeto, que tienen la incomparable ventaja de poder ser transmitidos simultáneamente en número más ó ménos grande, con ayuda de un pequeño teclado. Sin entrar por hoy en mayores detalles, se comprenderá que esta trasmision, fácil y simultánea, de señales muy sencillas, y tan fáciles de leer que no habrá necesidad de traducirlas en letras, ofrece, en efecto, á la telegrafia recursos inesperados. Entre los alfabetos ya combinados por M. Mimault, hemos visto el alfabeto número 1, que es dos veces más rápido que el de Morse, y se emplea en líneas largas y cargadas de trabajo; el alfabeto número 4, que es muy fácil de leer, y que prestará grandes servicios en las líneas de mediana comunicacion; los alfabetos 6 y 7, que se asemejan bastante á las letras latinas, podrá ser leído por el público, y será muy conveniente en las municipalidades y en las estaciones pequeñas. Ninguno de estos alfabetos exige la composicion previa del despacho. Para concluir consignaremos que su sistema de señales permite á M. Mimault abordar y resolver los problemas siguientes: 1.º, sin que haya sincrocismo entre el trasmisor y el receptor, obtener tantas transmisiones simultáneas como permitan la extension de los signos empleados y las condiciones especiales de las líneas; 2.º, unir una estacion á otras ocho por medio de un solo hilo, y transmitir al mismo tiempo á cada una de ellas, con la velocidad ordinaria, un despacho distinto, sin que sea necesario que el trasmisor y los ocho receptores estén animados de un movimiento sincrónico.

F. MOIGNO.

(*Les Mondes.*)

*
*
*

El activo é inteligente editor francés Miguel Levy, ha fallecido repentinamente el mártes de la semana última, á la edad de 53 años. El importante papel que ha desempeñado en la librería y en el movimiento literario de nuestro siglo, hace que su muerte sea una verdadera pérdida que todos lamentan y en cuyo dolor acompañamos á M. Calmann

Levy, hermano y compañero de todos sus trabajos.

Los funerales de los desgraciados aeronautas Crocé-Spinelli y Sivel, se han verificado en París con una concurrencia inmensa de todas las clases de la sociedad, y especialmente de miembros de las sociedades científicas.

La suscripción abierta en favor de las familias de ambas víctimas de la ciencia ha producido en pocos días cantidades considerables. Para todos los acontecimientos, favorables ó adversos, de la ciencia, hay en Francia sincero entusiasmo, verdadera emoción.

En Méjico se ha experimentado un fuerte temblor de tierra que ha ocasionado bastantes estragos. El viernes 11 de Febrero último, á las ocho de la noche, los habitantes de la capital del Estado de Guadalupe quedaron consternados al sentir una fuerte sacudida acompañada de un extraño ruido subterráneo. La atmósfera era sofocante y el suelo oscilaba fuertemente, lo cual duró diez segundos. Todos los edificios grandes se han resentido. Parecía, dice una carta, que la masa terráquea iba á estallar en pedazos. Los habitantes huían por todas partes invadiendo las plazas y todos los sitios descubiertos. El Instituto y las iglesias de Nuestra Señora del Loreto, de la Merced, de Jesus, etc., han sufrido muchísimo. En la cárcel un salón abovedado muy fuerte ha quedado dividido en dos, y una torre de la catedral ha desaparecido casi por completo. Al Norte de Guadalupe hasta Chalchuhuna, al Sur hasta Zacualco y al Oeste hasta el Océano Pacífico, en todos los pueblos se ha experimentado el mismo fenómeno, pero con una grandísima intensidad en las aldeas cercanas al volcán de Coboruco. En San Cristóbal han quedado destruidas casi todas las casas de la ciudad, y á la fecha de la carta que da estas noticias, se habían sacado más de 400 muertos y gran número de heridos de entre las ruinas.

M. Leon Vidal, secretario de la Sociedad de Estadística de Marsella, ha expuesto los resultados de sus largas investigaciones relativas á un procedimiento de impresión fotocrómica para obtener fotografías en color. No se trata de la impresión directa é inmediata de las imágenes de la naturaleza con sus propios colores, sino de una ingeniosa aplicación de la luz á la fijación local de colores artificiales. Este procedimiento fotocrómico, análogo á los procedimientos al carbon, es á los medios de impresión en color ya conocidos, lo que la fotografía á los dibujos en negro. Este adelanto es de grandísima importancia, porque permitirá obtener, para

albums de Historia Natural, planchas inalterables tan parecidas como es posible á los colores de la naturaleza. La economía puede ser mayor que en las fotografías en negro.

El director del Observatorio de Breslau, M. Gall, ha propuesto medir la paralaje del sol con ayuda de observaciones de los pequeños planetas en el momento de su oposición, es decir, cuando pasan detrás del sol. Las ventajas de este procedimiento son numerosas. Las principales son, por una parte, la frecuencia de los pasos en cuestión, y por otra, la facilidad que existe de comparar los asteroides, lo cual procura una gran precisión. M. Gall da á la paralaje del sol el valor $8''87,3$ que es el mismo dado por M. Cornu, según sus experimentos sobre la velocidad de la luz.

La ciencia acaba de experimentar una gran pérdida con el fallecimiento de M. Schrotter, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de Viena, que ha ilustrado su nombre con el descubrimiento del fósforo rojo. Sabido es que el fósforo rojo en nada se parece al fósforo ordinario, y era preciso estar dotado de la mayor perspicacia para reconocer la identidad de esas dos sustancias. La fructuosa noción del polimorfismo se ha derivado de dicho descubrimiento.

El conde de Waldeck, muy conocido en Francia por sus trabajos en favor de la enseñanza popular, ha fallecido el día 1.º de este mes á la edad de ciento diez años.

Hace algún tiempo se habló bastante del telégrafo acústico de Neale, merced al cual podían hablar perfectamente entre sí dos personas colocadas á muchas leguas de distancia. M. Tisha Gray, de Chicago, ha ido más lejos, ampliando este descubrimiento á la trasmisión de sonidos musicales. Los experimentos hechos han dado el siguiente resultado: pueden transmitirse simultáneamente más de ocho notas distintas por el mismo hilo, y separarse en la estación receptora con ayuda de resortes que vibran al unísono de esos diversos sonidos. Un paso más y las charangas americanas podrán oírse perfectamente en Europa, y viceversa.

Se está haciendo en Sicilia un experimento muy interesante, el de aclimatar la planta del thé en aquellas comarcas. Según las observaciones de muchos sabios, el suelo y el clima de Sicilia no se diferencian en nada de los del Japon.